

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 9 NRO 105 NOVIEMBRE 2024



ALICIA LEONOR AMARO CALABRESE CASTRO ALFARO DE ESPINOSA
DI GIOVANNI FASSI FEDERICI GARCÍA GALLARDO GÓMEZ ALAIS
GÓMEZ ANGULO GONOROWSKY GRACIA HERNÁNDEZ JANICA
JURADO REYNA MARTÍNEZ REYES MONFORTE NOCE OLIVÁN
ORDUÑA PÉREZ PIRRA RAMACCIOTTI RECIMIL RENGEL
SALDÍVAR SÁNCHEZ BARRIENTOS SOSA SZYDLOVSKI TREVIÑO
VALDÉZ ZÚÑIGA VARGAS PERILLA VIGNERA VILLANUEVA PARAVICINO

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 9 NRO 105 – NOVIEMBRE 2024

ISSN
2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:
RENATE MÖRDER

COLABORADORA:
LILIANA ALTOMARI

IMÁGENES:
PIXABAY PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:
EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES. QUIENES
RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:
FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:
Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:
WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

E-MAIL:
ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM
ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>COLAPSO LILIANA FASSI</u>	<u>7</u>
<u>¡USTED NO ME TOCA! JUAN CARLOS JURADO REYNA</u>	<u>14</u>
<u>ACCÉSIT ALFREDO GARCÍA GALLARDO</u>	<u>22</u>
<u>DORMIDO MIGUEL ÁNGEL DI GIOVANNI</u>	<u>31</u>
<u>LEGADO DE VAINILLA Y POESÍA MARTA MONFORTE</u>	<u>40</u>
<u>PERFIDIA MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>45</u>
<u>FIESTA DE INGRESO FRANCOIS VILLANUEVA</u>	<u>PARAVICINO 48</u>
<u>EL VECINO DE AL LADO GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>52</u>
<u>EL PARAJE DE RUSIA LEJANO KARINA SZYDLOVSKI</u>	<u>59</u>
<u>VUELTA EN REDONDO OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>62</u>
<u>CUÁNTICO MANUEL GÓMEZ ANGULO</u>	<u>67</u>
<u>LOBO HAMBRIENTO CECILIA BEATRIZ NOCE</u>	<u>76</u>
<u>BARÓMETRO CARINA SOSA</u>	<u>80</u>
<u>RELOJES LUCÍA OLIVÁN SANTALIESTRA</u>	<u>86</u>
<u>GUIÑOS DE LA HISTORIA CARLOS M FEDERICI</u>	<u>89</u>
<u>ENSUEÑO CELESTE CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR</u>	<u>ROSAS 93</u>
<u>NO TE METAS EMILIA JANICA</u>	<u>96</u>
<u>FLOR DE ENERO THIAGO PIRRA</u>	<u>99</u>

MINIFICCIONES - RUT TREVIÑO MIA AMARO ANDRÉS
TOMÁS PÉREZ EFRÉN HERNÁNDEZ ESTRELLA GRACIA
SUNHAILA SÁNCHEZ BARRIENTOS ALICIA LEONOR
CECILIA VALDÉZ ZÚÑIGA VÍCTOR ORDUÑA 103
EL MAYORDOMO MIRTA CALABRESE DE LUCA 120
EL AHOGADO AMALIA RENGEL 126
ENTRE BAMBALINAS MIRÉ TU ROSTRO NURIA DE
ESPINOSA 130
EL VIEJO PÓRTICO CLARA GONOROWSKY 134
UNA TRAVESÍA MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
137
MEMORIAS EN VERDE EDWARD ALEJANDRO VARGAS
PERILLA 139
ROMANCE FURTIVO JUAN MARTÍNEZ REYES 145
MÁGICO REENCUENTRO MAGUI RECIMIL 149



COLAPSO

LILIANA FASSI

Tengo miedo. No tengo adónde ir y no sé lo que está pasando afuera.

Hugo se fue recién; estuvo mirando por la ventana toda la tarde. No soltó ni un minuto la escopeta y más de una vez me dijo que cerrara la boca y no hiciera ruido.

Tenía razón. Las cosas que vi hoy no las habría creído si me las hubieran contado. Por eso estoy asustada. Más que asustada, aterrorizada por lo que debe estar pasando allá y por lo que pasó acá adentro. La oscuridad, el olor a transpiración, la sed, el miedo me están volviendo loca. O ya me volví, no sé.

Todo esto empezó porque ayer los policías se acuartelaron para reclamar el aumento de los sueldos.

—No pueden hacer eso —dijo Hugo—. Son servidores públicos.

—Pero tienen razón en reclamar lo que les corresponde —dije—. ¿Viste el recibo de sueldo que mostraron? Es una miseria lo que ganan.

—Será, pero su primera obligación es protegernos a los que trabajamos honradamente.

Esta mañana, cuando bajamos a abrir el negocio, vimos en la televisión que anoche empezaron los saqueos en el centro.

—¿Te das cuenta? —dijo Hugo—. Esto es lo que va a pasar si no está la policía en la calle.

En todos los canales mostraban patotas que corrían, rompían vidrios, entraban y salían de los negocios cargando de todo. Algunos, de a dos en una moto, se iban con cajas grandes. Sentí vergüenza al ver mujeres escarbando, pasándose cosas, mandando a los chicos a buscar más. ¡Mujeres y chicos! Era para no creer. Algunos corrieron donde estaban los movileros del canal y los agarraron a patadas y

puñetazos. Los periodistas alertaban a la gente para que se quedara en su casa y tomara todas las medidas de seguridad. Decían que eso se podía extender a otros sectores de la ciudad.

Después, nos quedamos sin electricidad.

Nosotros ni lo dudamos. Cerramos enseguida y subimos al departamento. Hugo buscó la escopeta, agarró el chaleco de cuando va a cazar y se llenó los bolsillos con cartuchos. Dijo que si nos teníamos que proteger estaba dispuesto a matar al que fuera.

Acá aparecieron a la siesta. Nunca había tenido tanto miedo como cuando escuché que arrancaban la reja de abajo y rompían la vidriera.

Estábamos los dos parados atrás de la persiana, que dejamos un poco levantada. Serían unos treinta, no sé calcular bien. Creí que Hugo iba a empezar a los tiros cuando los vimos correr con la ropa y las cajas de calzado que vendemos. Dos chicos, no tendrían más de 16 o 17 años, se pusieron a pelear por unas zapatillas. Tenían sangre en la cara y las manos. Me hicieron pensar en perros matándose por un pedazo de carne.

Hugo tenía la escopeta apuntando a la puerta, por si se les daba por subir. Yo seguía mirando por la ventana. Vi otros que hacían lo mismo en el supermercado de enfrente. Ahí eran más, unos cincuenta, no sé. Rompían todo y salían con los carritos llenos de mercadería; más que nada, botellas de vino y cerveza.

—¿Ves? —me dijo Hugo al oído—. Después dicen que salen a robar porque tienen hambre. ¡El vino les saca el hambre, seguro! Y llevan a los chicos para que aprendan desde temprano. Esos van a ser los hombres del mañana, ¡los que nos van a gobernar!

Al rato, los de acá abajo se cruzaron al frente. Por suerte,

ninguno subió. No sé cuánto habrán estado; dos horas, seguro. Después se fueron, y dejaron la calle y las veredas hechas un basural.

Por un rato largo los dos nos quedamos callados. Una cosa era que alguien lo contara y otra que le tocara a uno. Pero yo no me imaginaba en ese momento lo que todavía faltaba por venir.

Esperamos a ver qué pasaba. No sabíamos si bajar a ver cómo habían dejado el negocio o nos convenía más quedarnos en el departamento. ¿Qué habría pasado con la policía? La luz no había vuelto y yo me había quedado sin batería en el celular. No teníamos forma de saber nada. Hugo seguía insultando y diciendo que había que matarlos a todos. Yo también sentía mucho odio, porque nos habían destruido el trabajo de toda la vida.

No habíamos comido nada en todo el día. Ninguno de los dos tenía hambre. Lo único que hicimos fue tomar agua.

Como a media tarde, más o menos, me di cuenta de que Hugo estaba raro. A cada rato levantaba la cabeza y miraba para un lado y para el otro como si escuchara algo, pero yo no oía nada más que el reloj y los ruidos de la heladera que se iba descongelando.

Y entonces vi al primero. Creo que era un hombre joven, no sé. Se había sacado la ropa y andaba casi agachado. Me pareció imposible que en esa posición pudiera caminar tan rápido. Hasta pensé que de un momento a otro iba a salir corriendo a cuatro patas.

Ese ser, que ya no parecía una persona, pero que sí era una persona, por supuesto, olió entre la basura que había quedado en la vereda, agarró algo, no sé qué, lo mordió y enseguida lo tiró. Después se acercó a la pared, hizo sus necesidades y entró al supermercado. La palabra que se me ocurre es que entró agazapado, como si

esperara que alguien apareciera y él estuviera dispuesto a saltarle encima o a escaparse si se veía en peligro.

—¡Animales! —dijo Hugo—. ¡Son como animales!

Yo me quedé muda. Me pareció, pero no quise pensar en eso, que él también estaba olfateando.

Al rato, fueron apareciendo más. Andaban todos igual que el otro, como si no pudieran caminar derechos. Era una locura, las caras eran tan raras. Eran caras humanas, pero los gestos no parecían de personas; se mostraban los dientes por cualquier cosa, y lo peor era que no hablaban. Gritaban y gruñían, aullaban, no sé. Me hicieron acordar de las hienas que vi en los documentales.

—Apestan a alcohol —dijo Hugo.

Yo sentí un escalofrío. ¿Cómo podía olerlos a esa distancia?

Los chicos eran como cachorros. Chillaban, se golpeaban, se daban tarascones. Cada tanto, alguna mujer los agarraba de los pelos y los tiraba a un lado. Parecían tener una fuerza sobrehumana. Y yo tenía que estar alucinando; me había vuelto loca. Eso era seguro. Lo que estaba viendo era imposible.

Ya empezaba a oscurecer y algunos fueron hasta el auto del vecino, que había quedado afuera. No sé cómo hicieron, pero le prendieron fuego. El viento trajo el humo para el lado nuestro y yo pensé que teníamos que cerrar la ventana, pero nos estábamos muriendo de calor y si cerrábamos no íbamos a ver lo que pasaba afuera. Además, teníamos también un poco de claridad.

Fue un espectáculo horrible. Algunos tenían sexo ahí, adelante de todos, como si no les importara nada; muchos seguían entrando al supermercado y salían con cosas, no sé qué, porque a esa altura ya no debía quedar más nada.

Hugo los seguía mirando por las hendijas de la persiana, escuchando algo que yo no, olisqueando él también. Y entonces pasó lo que me tiene más aterrorizada que todo lo que vi, y eso que no es poca cosa. En un momento miré el reflejo de él en el vidrio y vi dos puntos amarillos. Eran fosforescentes, como los de los gatos cuando brillan de noche. Se me escapó un grito y me tapé la boca. No podía ser. ¡Tenía que ser por el resplandor del fuego!

—¿Qué te pasa? ¡No hagas ruido!

Me miró y ya estaba normal. Y justo ahí, uno de los de afuera levantó la cara hacia la ventana. Llamó a otros dos, con esos aullidos animales y señaló para acá. Hugo me empujó para que me escondiera. Apuntó la escopeta a la puerta, mientras yo me metía en el hueco entre la heladera y la cocina. No me animaba a respirar. Oí que se abría la puerta de abajo y los pasos que subían. Me tapé la boca para no gritar, pero me oriné encima.

Llegaron hasta la puerta del departamento y rascaron la madera. Jadeaban, como los perros cuando tienen calor; sabían que estábamos ahí, nos olían. A Hugo se le volvieron a poner los ojos fosforescentes. Me encogí todo lo que pude para esconderme, no sé si de los de afuera o del de adentro.

Y entonces escuché lo que él debió estar oyendo toda la tarde. Era un coro de aullidos; igual, exactamente igual que el de los lobos de las películas. Y al otro lado de la puerta los pasos bajaron corriendo, como si los hubieran llamado. Hugo también empezó a jadear, se palpó los bolsillos del chaleco, abrió la puerta de un tirón y se abalanzó por detrás. Yo corrí a cerrar con llave y volví a meterme en mi rincón.

Tengo miedo. No sé qué estará pasando afuera y no tengo

adónde ir. Sigue sin volver la luz, y la policía debe seguir acuartelada, porque lo único que se oye en la calle es el aullido de los lobos.

LILIANA FASSI

Argentina

Redes Sociales: facebook.com/lilianafassi.com.ar/
instagram.com/lili.fassi/



**¡USTED NO ME
TOCA!**

**JUAN CARLOS
JURADO REYNA**

Arturo Cepeda, respetable profesor de la facultad de medicina en los años setenta, había dedicado más de dos décadas a la docencia. Impartía la materia de patología y, a partir de 1971, lecciones de patología forense, cátedra recientemente instaurada en el pénsum de estudios. A sus clases acudían numerosos alumnos, impulsados tanto por el prestigio del profesor, como por la curiosidad que provocaba en ellos su fama de médico frío e indolente.

Había cumplido cincuenta años. Era alto y delgado. Su cabello negro contrastaba bruscamente con su piel blanca. Por lo general, vestía un pantalón de casimir bien planchado y una levita de color marrón, a veces, reemplazaba el marrón por el gris.

Se afeitaba a diario. Nunca sonreía y evitaba emitir en el aula cualquier comentario o anécdota sobre su vida. Mostraba un dominio completo de su materia. Era sumamente estricto y con su mirada de hielo contenía cualquier intento de chachara o los comentarios subidos de tono de los alumnos impertinentes.

Y su frialdad se volvía aún más evidente en las clases prácticas de disección de cadáveres, realizadas frente a grupos numerosos en el anfiteatro de la facultad. Todo parecía formar parte de un ritual: en primer lugar, ordenaba a sus alumnos más fornidos que bañaran al muerto y que cortaran su cabello; luego, pedía que colocaran el cadáver en la cama de metal y, guantes y bisturí en mano, empezaba a cortar sin vacilación la piel y los músculos del mismo, desde la cabeza hasta los pies. Ocurría con frecuencia que el ánimo de alguno de sus discípulos se desmoronara, debiendo este

ausentarse de la sala para recuperar las fuerzas. Tampoco faltaba la muchacha que, sintiendo un revoltijo en el estómago y asfixiada por el intenso olor a formol, se dirigiera presurosamente a la salida, con ganas de vomitar.

En los pasillos de la facultad abundaban los mitos sobre el origen de la personalidad fría y taciturna del docente. Unos decían que la ruptura con su prometida, quien lo había abandonado y se había ido con su amante —a pesar de haber aceptado inicialmente su propuesta de matrimonio—, lo condujo a llevar la vida solitaria y pesimista del hombre que desconfía por completo del género femenino, concentrándose por completo en su trabajo. Otros lo llamaban «insensible» y atribuían su carácter al contacto repetitivo con cadáveres. En fin, eran chismes de pasillo sobre los que poco o nada se podía asegurar.

Intercalaba el doctor Cepeda el trabajo en la universidad con sus visitas a la morgue del Hospital del Seguro Social. Allí realizaba necropsias a cadáveres aún frescos. A veces, se trataba de algún muerto accidental: un albañil que cayó del andamio, un niño atropellado..., o de víctimas de homicidio: hombres apuñalados, mujeres estranguladas, etc., etc. En este, como en todos los aspectos de su vida, Cepeda era el ejemplo más perfecto del hombre de sangre fría.

Un día, Arturo Cepeda entró a su amplia, blanca y bien iluminada aula de clases, colocó su maletín sobre la mesa, se sentó y comenzó a registrar la asistencia. Nombró al primero de la lista, luego al segundo. Se detuvo un momento para acomodarse en el asiento y miró hacia el frente. Se topó entonces con la mirada

profunda y brillante de una joven, ubicada en el pupitre más cercano a su mesa. Sintió esa mirada como un golpe, como si removiera algo entumido en su interior. Se detuvo en las pupilas brillantes de la muchacha y en las cejas pobladas que adornaban cariñosamente su rostro terso y ovalado.

Quienes asistieron a clases ese día fueron testigos de un hecho imprevisible: las comisuras de la boca del doctor Cepeda subieron lentamente, dibujando una sonrisa.

Poco después, como si despertara de un sueño, el profesor continuó con el registro de alumnos, esta vez con un tono más animado. Siguió hasta dar con los nombres y apellidos de la joven: ella se llamaba Mónica Raquel Saritama Cevallos.

Los días siguientes, Cepeda experimentó un alegre pero extraño letargo. Repetidamente y sin esfuerzo la imagen de la muchacha interfería en sus pensamientos, envolviéndolo en una especie de sopor cálido y fresco. A veces, en plena disección, lo invadía el recuerdo de Mónica, distrayéndolo de su trabajo; entonces, inmediatamente, sacudía la cabeza, alejándola de su mente. Le parecía insensato evocar aquel rostro tierno, rosado, en medio de aquella cáustica actividad.

A partir de ese momento, iba a sus clases de buen ánimo, con una apariencia más cuidada. Conservaba la sobriedad en el vestir y su ropa se veía más limpia. Si antes se lo veía ligeramente encorvado y envejecido, ahora caminaba erguido, recuperando cierto aire juvenil. Su delgadez, que antes parecía signo de mala alimentación o de enfermedad, empezaba a combinar perfectamente con su gran

altura. El constante fruncir del ceño que daba la sensación de vejez y malestar fue remplazado por un aire bonachón que le recorría todo el rostro. Sus alumnos, antes intimidados, se aventuraban a hacerle preguntas sobre su materia.

Recorría el aula con los ojos, mientras hablaba del tema de la clase. Pero su mirada chocaba siempre con la de Mónica. Cuando esto sucedía, la retiraba inmediatamente para evitar comentarios malintencionados o el juicio morboso de sus alumnos. Sentía que ella lo miraba fijamente, encerrándolo en su campo visual.

Quería liberarse de sus dudas, quería saber si ella sentía lo mismo por él; si sus miradas eran el signo que lo invitaba a continuar, a acercarse, a dar el siguiente paso en el incierto y a veces confuso camino del deseo y el amor.

Un jueves, terminada la clase, se acercó al pupitre de la joven. Le dijo discretamente que permaneciera en la sala. Ella, sorprendida, obedeció. Habiendo salido sus compañeros, la alumna se acercó hacia el docente, quien permanecía en pie. Con la seguridad de quien ha planificado previamente un encuentro, la miró. Se acercó a ella, acarició su mano derecha, llevándola lentamente hacia sus labios y besó sus dedos, uno a la vez, humedeciéndolos suavemente.

Sorpresivamente, notó que los ojos de la muchacha perdieron su brillo característico. Las conjuntivas que revestían sus párpados cambiaron de coloración, como el mar cristalino que enrojece por la migración de los corales. Con su boca dibujó una mueca cruel, parecida a la del niño que ha tomado un jarabe amargo. No hubo

ira, sino contrariedad en el rostro de la joven. Entonces, soltando bruscamente la mano de aquellas cadenas, huyó, con paso firme, en silencio y sin mirar al avezado docente.

Una terrible sensación se apoderó del hombre. Palideció y perdió momentáneamente las fuerzas. Volvieron a su mente los gestos, las miradas y sonrisas de la muchacha, y pensó que había sido un tonto, pues los había interpretado erróneamente.

Dio vueltas sin rumbo, pensando en lo que había hecho. Volvió a su casa entrada la noche. Recordó que no había comido nada, pero no tenía hambre. Sentía su cuerpo pesado y tenía mareos. Prefirió recostarse y dormir. En sus sueños volvió a presentarse la joven. Estaba en una habitación muy iluminada, refulgente por los rayos del sol. Sus cabellos brillaban. Una blusa y una falda blanca la cubrían, revelando en sus pliegues transparentes los generosos regalos con los cuales la había adornado la naturaleza. El médico estaba de pie, vestido con su típico traje. Ella se acercó, levantó sus brazos hasta abrazarlo del cuello y lo besó.

Cepeda despertó, afligido por la escena del día anterior. Se vistió para ir a su clase, tomó un vaso de leche y salió de casa. Su ánimo había disminuido. Entró al aula de clase y se sentó. Procedió, como siempre, a registrar la asistencia de sus alumnos. Al llegar al nombre de Mónica Saritama, reinó el silencio. Levantó la cabeza y vio que la alumna no estaba. Observó durante algunos segundos el asiento vacío de la chica y, dando un suspiro, continuó.

Su clase transcurrió con tranquilidad. Había perdido la

motivación y el buen ánimo de los días anteriores. Concluida la clase, fue a su casa, almorzó y descansó unos minutos. Terminado su reposo fue a la morgue, como cotidianamente hacía.

Evitaba pensar en la muchacha. Había decidido volver a su rutina anterior y concentrarse en su trabajo. Se vistió adecuadamente para la autopsia, desinfectó sus herramientas e ingresó a la sala. Encontró el cuerpo preparado para la operación, estaba cubierto por una sábana. Se trataba de un hombre que había muerto en un accidente de tránsito. La operación lo distrajo de sus tristes pensamientos. La desilusión y el sentimiento de vacío del médico aplacaron momentáneamente.

Concluida la autopsia, se dispuso a salir, pero una pinza se enganchó en la sábana de la cama contigua. En su intento por liberar la herramienta, la sábana resbaló de la cama, descubriendo el cuerpo de una joven desnuda. Arturo Cepeda sintió que un rayo lo atravesaba de arriba hacia abajo. Mónica Saritama estaba ahí, muerta, con la boca abierta y los ojos cerrados. Yacía como una escultura de mármol, bella pero pálida y fría. El horror se apoderó del galeno, quien no lograba reaccionar a tan terrible escena.

A su sentimiento de horror, le siguió el deseo morboso de tocar a la joven. Volvió a acariciar su mano y a besar sus dedos. Puso sus manos en los senos de la muchacha y las hizo resbalar poco a poco hacia las caderas. Besó los pechos y el ombligo de su alumna hasta llegar a la entrepierna. Luego, abrió lentamente las piernas de la chica. Se encontró con un hermoso escenario. Se acercó para ver de cerca el lugar tan deseado en sueños por el hombre y lo palpó. Entonces, sorprendido, se llevó una poderosa

impresión: la muchacha era virgen.

Empezó a palpar los labios que protegían la vagina de la muerta, cuando, palideciendo, sintió que una mano firme agarraba su muñeca, causándole dolor. Levantó su cabeza y se llevó un espanto de muerte. La joven lo miraba fijamente a los ojos. Atónito y desesperado, intentó liberar sus muñecas, pero era tanta la fuerza de la joven que el médico no podía liberarlas. Entonces, la joven, con un tono solemne y agudo, dijo: «¡Usted no me toca!»

De la vida y trabajos del doctor Cepeda solo se conserva el *Breve tratado de patología forense*, del cual se imprimieron pocos ejemplares. El resto de sus escritos o ha desaparecido, o se encuentra en posesión de algún lector curioso, que lo guarda celosamente en algún lugar seguro, posiblemente inspirado por este relato, relato que circula por los pasillos de la facultad de medicina hasta el día de hoy. Lo único que se puede afirmar —y esto por el testimonio de Remigio Paredes, asistente del doctor Cepeda— es que, al día siguiente de aquella autopsia, él y otros trabajadores de la morgue encontraron el cadáver de la muchacha, pero cubierto con la sábana hasta el cuello y, a sus pies, al doctor Arturo Cepeda, muerto y con los cabellos completamente blancos.

JUAN CARLOS JURADO REYNA
Ecuador

Instagram: [juancarlosjuradoreyna1980](https://www.instagram.com/juancarlosjuradoreyna1980)

Facebook: [Juan Carlos Jurado Reyna](https://www.facebook.com/Juan-Carlos-Jurado-Reyna)



ACCÉSIT

ALFREDO

GARCÍA GALLARDO

—D

isculpe, ¿vio si pasó el 104?

—Hace un minuto —respondo mientras contraigo la mejilla derecha en una mueca que me tironea la boca durante varios segundos. Por primera vez tomo conciencia de

ese gesto: la comisura de los labios estirándose como si quisiera ver qué hay más allá de la mejilla, como si dudara de que a la vuelta de esa esquina hay una oreja. *¿Una oreja decís? ¿Y para qué sirve?*

—¡Un minuto! Qué mala suerte —se lamenta la mujer, dejándose caer en el banco de la parada. Sonríe. Le ordeno a mi mejilla que descanse. Pienso que ese es mi único gesto de contrariedad. ¿Cómo no me di cuenta antes de que en mi batería de gestos solo tengo uno de contrariedad, que en verdad es de Gran Pesadumbre? Y lo uso a menudo, claro, tanto para solidarizarme con los que perdieron un padre, un empleo, una pierna o un bondi. Así, sin medias tintas. Nadie nunca me dijo nada.

Pensé en cuando frunzo apenas el literario entrecejo, aunque definitivamente no es un gesto de pesadumbre sino una unidad de tiempo en la cual debo decidir qué gesto hacer. O *brindar*, para usar la palabra justa.

—Dicen una hora y pasan cuando quieren. Si pasan. A usted le veo cara conocida, disculpe... Y a veces van tan lento que cuando quiero combinar ya me venció el boleto de una hora. Una va nerviosa todo el camino. ¿Sabe que a usted lo conozco? ¿De dónde será?

—La verdad que no soy muy bueno con las caras —admito. Paso revista al cansancio de su rostro, una bufanda llena de pelusas ajenas y un holgado jean para unas caderas que se tragaban dos asientos por un solo boleto.

—Me dicen que hablo mucho, pero mis hijos se casaron, mi marido se fue con otra, al gato me lo envenenaron y el canario se murió.

La calle está despejada. Es una lástima, porque no tengo ni siquiera la opción de hacer dedo. Lo otro es correr. Sin embargo, la miro.

—Una vida difícil —me oigo susurrar, sin haber decidido aún quién de todos ellos la pasó peor. Ella parece tomar nota de la universalidad de mi comprensiva actitud, pero eso no la decepciona. Pasea la vista por el piso de cemento pulido sin decidirse del todo entre un pucho y una escupida. Sigo su mirada y tomo partido por el pucho. Lo prefiero por su carácter anónimo, impersonal. Tiene algo de neutral que permite abrir una ventana a la nada. La escupida, en cambio, es un turbio y maloliente charco de ADN. Ni que fuera genetista. Pienso en el gato echando espuma por la boca y una ola de indignación me infla las venas.

—Sabe que yo dejaba al canario afuera todo el día, siempre bajo techo, porque donde yo vivo hay como un alero que viene de la calle, casi, y llega hasta la última casita allá en el fondo. Le encantaba que le colgara la jaulita ahí. Pero una noche de invierno me quedé en el hospital cuidando a mi hermana y me olvidé, pobrecito, y ninguna vecina me lo entró, porque no sabían. Y vino aquella tormenta, ¿se acuerda?, un ciclón hace tres años que se llevó galpones y lo que fuera, y me le golpeó la jaula contra el alero, dale que dale toda la noche. Más la mojadura. Cuando llegué de mañana lo que era esa jaulita, mi Dios, como si la hubiera chocado un tren, pobrecito.

Me mojé los labios con la lengua, al borde de pronunciar un

Al menos no sufrió. Esa mañana estaba re torpe. Ni la ducha me despejó lo suficiente y cuando quise tomar el desodorante le di un golpe al borde de la repisa, provocándome un corte en la mano derecha. Inmediatamente después, mientras me lavaba los dientes se me cayó de la boca una gruesa gota de pasta dental que fue a depositarse sobre la pantufla izquierda. Me quedé mirando la pantufla azul con la mancha blanca redonda. Pequeña pesadumbre.

Vuelvo a la parada. La mujer descansa la vista en un pedacito de mar calle abajo, pero me temo que no es hacia allá que navega su mente. Siento la necesidad de decir algo. No por ella, por mí. Sé que el canario apenas me depositó en el felpudo de su historia, el WELCOME de lo que llegará antes que el bondi, que será pesado. El gato envenenado quedará para el cierre, un dulce bajativo servido por una promotora a la salida de este círculo infernal.

—¡Villa Tropezón! —hice volar los pájaros que domingueaban en los árboles cercanos.

—Claro... de-Tropezón-madre-mía —ella abrió la boca de asombro al tiempo que giraba lentamente su cabeza hacia mí—. Vos, vos —me apuntó con el índice, casi feliz— estabas en el concurso de cuentos del Club Policial, no puedo creerlo.

Yo menos. Al cortarle el hilo de sus pensamientos ella decidió, sorpresivamente, enhebrar una punta en una de las tantas bifurcaciones de mi vida pasada.

—Ahí va, del concurso —remaché, apelando a su mala memoria.

—¿Te acordás qué increíble?

El aire se espesaba a mi alrededor.

—Claro —dije en un susurro—. Claro —repetí en un tono

normal—, mirá si no me voy a acordar. Qué gracioso.

—Hace tanto tiempo —suspiró.

—Sí, a uno le queda apenas un recuerdo vago —dije con voz firme y monocorde—. Muuy vago —agregué clavándole los ojos, con la esperanza de hipnotizarla y llenarle la boca de estopa.

—Ah no, yo me acuerdo de todo. Y mirá que me pasaron cosas —sacudió una mano en el aire—. Soy Amelia, vos sabés. Mi mamá era Marisa, la costurera. Ya te acordaste, ¿viste? Yo había ganado otro concurso antes, fui Miss Butiá. Pero hace poco me convocaron de la Intendencia para actualizarme el diploma, dijeron que Miss Butiá promovía un estereotipo sexista, que me habían usado. Me dieron otro diploma, que dice *Flor del Pago*, sin Miss ni nada. No protesté porque tengo más diplomas, como el de manicura, y acá nunca sabés con qué te van a salir. ¿Pero a vos te parece que mi cuerpo de pronto no valió nada? No es que me quiera cosificar, como le dicen, pero ese diploma decía que alguna vez fui la más linda de algún lado. *Flor del Pago*... —negó repetidamente con la cabeza, apretando los labios—. La puta que los parió.

Un ómnibus salvador apareció en el horizonte, pero fue perdiendo ímpetu —porque lo que se dice velocidad, no tuvo nunca— hasta detenerse por completo y encender las balizas.

—¿El 104? —dije. Pero ella no se dejó llevar por mi maniobra diversionista.

—Tu cuento se llamaba "Memorias de un tucu-tucu" pero no me acuerdo cómo se llamaba el mío, ¿podés creer? —me miró a los ojos con intensidad.

Por supuesto que no podía creerle. Bien sabíamos ambos que su cuento se titulaba "Memorias de un dzulúm", un colorido animal

mitológico lleno de plumas y cabezas que no tuvo rival ni en los cielos potterianos. Jamás se me ocurrió contrastar las anécdotas de uno y otro, pero era posible que yo me hubiera quedado corto de bicho. Mi tucu-tucu no tenía otro don que el de pescar con boya, fruto de un modesto salto evolutivo que lo encastraba armoniosamente con las bases del concurso. Pero obviamente el dzulúm pescaba con mosca mientras jugaba al póquer. En fin, no veía la hora de llegar a la facultad vacía, meterme en el Instituto de Física y trancar la puerta con una silla.

—Qué curioso que te olvides del tuyo y te acuerdes del mío —arrastré las palabras haciendo tiempo cuando advertí que el número 104 se dibujaba con creciente claridad. El bondi comenzó a acercarse medio de costado, como un perro obeso. Ex Miss Butiá extendió una mano para contenerlo y me rodeó el cuello con la otra, sonriendo. Luego se puso de pie lentamente. Me sentí obligado a imitarla, en tanto continuaba aferrando mi cuello como un cepo.

—Nos dieron una mención compartida, ¿te acordás? —susurró en tono de reproche.

¿Cómo olvidarlo? Una mención designa a un autor como delegado de los perdedores. Viene con un apretón de manos e instrucciones de quedarse en la vuelta. *Lo llamarán para una foto, caballero, cerca del podio, pero no lo vaya a tocar. Ahí, más acá, justo ahí donde falta un cacho de revoque.*

Su rostro, y no solamente su nombre, aparecerá junto a los de quienes sí ganaron, arrancando de las sombras al perdedor, que ve negado su elemental derecho a abandonar la sede de la institución a bordo del comfortable seudónimo que lo llevó hasta allí. Pero no; si no se exhibe el infortunio, no hay con qué comparar el

éxito, cualquiera lo entiende. El mencionado tiene la responsabilidad social de atravesar el vernissage hasta el último cuadradito de mortadela, nadando entre los presentes como pez en el fango. Y no hay nada peor que dos peces en el fango.

—Cierto —dije intentando una sonrisa de vendedor de autos usados.

—Somos como hermanos —me atrajo unos decímetros más hacia sí—. Y sobrevivientes.

Me besó generosamente en la frente, como si fuera una santa, y ascendió hasta desaparecer. Me sentí como un gato mojado.

Desde que había gritado *Villa Tropezón* las aves no volvieron a cantar. Atribuí el silencio a la niebla que avanzaba desde el mar, loma arriba, devorando objetos, seres y sonidos. Me derramé en el asiento de la parada y vagué con la vista hasta posarla en la escupida. Es un hecho aceptado a regañadientes que Tropezón sufrió el impacto de un meteorito pequeño que ingresó a la atmósfera terrestre a 70 mil kilómetros por hora, en una siesta de enero muchos años antes. Ni la Nasa lo vio venir y solo yo sabía por qué.

Aquel lejano y caluroso día salí del Club Policial y Pesca un poco molesto por el espíritu salomónico de la institución y me fui directamente a la agencia de ómnibus. Como primer pasajero —no subrayo esa condición como reconocimiento sino en alusión al orden de llegada al bondi— entretuve la larga espera alimentando la fantasía de que no bien me alejara de esa localidad condenada desde el nombre, el Club Policial y Pesca sería epicentro de un bochazo galáctico que debía romper algunos vasos y llenar de polvo el salón de fiestas. No pedía más que eso, pero con cuántas ganas. La ardorosa intensidad de la imagen y algunas palabras que pronuncié

en una lengua muerta cuando el bus cruzó el arroyo Chapicuy, hicieron que ahí nomás, de la nada, una pluma de vapor silbara en el cielo amarillento. Un sonido de rama quebrada fue seguido por un ligero temblor del bus. Supe al instante que ese toscazo había perforado la planchada del Club Policial y Pesca. Mi cuerpo se aflojó en el asiento, invadido por una saludable sensación, sin sospechar la magnitud del evento.

Una hora después el chofer, que iba escuchando la radio, desgranó la noticia estentóreamente: *Tropezón explotó a la mierda*. Las escenas de llanto se intercalaron con aplausos, a modo de postrar homenaje. La escuela recibió una ovación, cerradas ya las heridas dejadas por los abanderados de diciembre. Le siguió el consultorio del doctor, en tanto la whiskería y la torre de OSE dieron lugar a una acalorada discusión sobre cómo se habían repartido las simpatías. El chofer continuó enumerando un rosario de instituciones y cuando ya había superado en número a Viena, me puse de pie y escupiendo migas reclamé por el Club Policial y Pesca carajo. Ya lo nombró, mi negro, dijo un pasajero llorándome sobre la pastafrola. Me senté, nuevamente aliviado.

El bus entró a Mercedes escoltado por la Caminera y en la Plaza Lavalleja una comisión del Rotary pegó un crespón negro en el parabrisas. Pero esa mezcla de congoja con algarabía que se vivía a bordo del único ómnibus de Villa Tropezón, se contagió hacia afuera, donde una admirada multitud intentó vanamente interponerse entre nuestras vejigas y los urinarios.

No volví a abordar la unidad. Desaparecí entre la muchedumbre cuando el chofer intentaba organizar dos filas, una de tropezones y otra de gente común. Amparado en las sombras de

la Catedral vi a un gurí agitar un aerosol detrás del bondi y dibujar un rojizo *putos*. Con ese aire de diversidad partió poco después en busca de un lugar donde hiciera menos de 40 grados.

El país se fue enterando de a poco, como pasa con casi todo. Primero que cayó un meteorito pero que no, porque las estaciones terrenas de la NASA no registraron nada. Segundo que fue en medio del campo; tercero que se temía la pérdida de numerosas cabezas de ganado.

Con las lluvias de invierno, un río subterráneo llenó de agua cristalina el cráter de 1200 metros de profundidad, cubriendo los escombros de la otrora pujante localidad. Se sembraron truchas y pronto aparecieron los primeros conjuntos de cabañas, un muelle, dos hoteles, paseos en lancha... Al lago Tropezón lo conozco por fotos, nomás, pero es una postal. Ahora le van a poner ciervos.

Hoy mismo voy a releer "Memorias de un dzulúm". Con el tiempo nada impedirá que incluso lea el primer premio, cómodamente estirado en una reposera a orillas del lago Tropezón. Porque el tiempo todo lo cura.

ALFREDO GARCÍA GALLARDO

Uruguay

Twitter: [@circobit](https://twitter.com/circobit)

Instagram: [alfredogarciamvd](https://www.instagram.com/alfredogarciamvd)



DORMIDO

MIGUEL ÁNGEL DI GIOVANNI

Un amor real es como dormir y estar despierto.
Charly García

Como buen neurótico, vengo preguntándome esto desde niño: ¿Qué caso tiene una obsesión, si no es para repetirla?

Los cuentos en relación con los sueños, al dormir, a la muerte, siempre han estado entre mis lecturas. Pero lo que les voy a contar, es distinto y comenzó ya hace un tiempo largo, años.

Gracias a un artículo de Science Today, supe que era uno de cada dos mil personas. Somos los que nos quedamos dormidos en cualquier parte.

Según los griegos, que le pusieron nombre a todas las cosas, es una mezcla de “nárko” sopor y “lêpsis” ataque. Sí, padezco narcolepsia. O lo que es lo mismo según la revista, soy cerebralmente incapaz de regular los ciclos de sueño con normalidad, dadas las alteraciones en los mecanismos que deberían regir el *Rapid Eye Movement*.

Bueno, supongo que hay cosas peores, pensé entonces, pero en un comienzo, recuerdo haberme jurado hacer lo posible para salir de esa espiral sin fin.

Podría decir que todo empezó con un aumento de peso después de lo de Camila. Sí, porque cuando estaba con ella, el problema era más bien lo contrario: El insomnio. Y qué buen insomnio cuando nos desvelábamos juntos.

En fin, el pasado pasó. Después, las fiestas de fin de año me llevaron seis o siete kilos arriba de mi peso. Tampoco era para tanto.

La primera vez que me dormí en público, fue durante la presentación de la última novela de Cristobal Alvaredo. Menos mal que es un amigo de toda la vida. Y digo en público, porque corriendo el riesgo de aburrirlos, diré que infinidad de veces me he dormido frente al televisor (¿quién no?), en la facultad, en una reunión, o en el cine, o con el teléfono haciendo algún reclamo, mil veces, pero frente al microondas, esperando tres minutos, quién ¿eh?

Vuelvo a la presentación del libro. Primero habló la editora, y cuando me tocaba a mí, todos pensaron que yo estaba haciendo una broma. Me despertaron las risas del público.

—Según Borges —dije con vergüenza—, tuve una distracción del mundo.

Y con esa cita del maestro, que caía bien en ese ambiente literario, más o menos zafé del papelón. ¡Hubieran visto la cara de Cristobal!

—¿Cómo puede alguien dormirse en un momento así? —Cris me dirigió la palabra, solo para hacerme esa pregunta durante el resto de la presentación.

Y la respuesta a ese “cómo”, sencillamente no la sé. Después vinieron cosas peores, por ejemplo, la vida en el pantano de la hipnagogía.

Era hora de ver un doctor.

Con esa firme decisión, salí una mañana hacia el centro, destino: La clínica Santo Remedio. Un centro médico de mi prepaga, donde puedo ir sin turno, ya que atiende por demanda espontánea.

Tomé el subterráneo, pasé el molinete, subí al vagón y me senté. No pasaron más que unos segundos, creo haber oído el pitido

que anuncia el cierre de las puertas. Después, un señor mayor sentándose a mi lado pregunta por una estación. Tengo un vago recuerdo de decirle que en el cartel de led anuncian la estación por venir y me dormí.

Cuando me desperté, el vagón y toda la formación estaba a oscuras y vacía. Era un túnel de desvío donde supongo, dejan los trenes para limpiar, creo, no tengo idea del mundo subte. Pero pienso que, de haber limpiado alguien, me hubieran despertado ¿no? O quizás limpian antes de tomar servicio. Miro a mi alrededor y la poca luz, no me permite asegurar si el vagón está sucio o limpio.

El silencio y la penumbra hicieron el resto. Me volví a dormir.

Soñé con un médico que me revisaba en un sillón ginecológico:

—Mire mi amigo —dice el doc en el sueño—, tengo que revisarlo acá porque todas las camas y camillas están ocupadas por gente que se ha quedado profundamente dormida. Hay una epidemia. Abra las piernas por favor. Ahí, ante semejante ridiculez, me desperté.

Hasta ese punto podría haberme sentido afortunado, porque de esos sueños, pasé a las alucinaciones en el momento de despertar. Hipnopómpicas las llamaban en la revista científica. Son tan reales, tan vívidas, que, en caso de involucrar a muertos de la familia, se tornan terroríficas, claro. ¡Si me habrá despertado mi finada madre que lleva muerta más de diez años!

El subte, con algunos pasajeros viajando parados, iba hacia el centro. Faltaban unos minutos para las diez de la mañana. Hice una rápida cuenta mental con datos aproximados. Cuarenta minutos de cabecera a cabecera, partiendo el servicio entre las cinco

y las seis de la mañana, no me podía equivocar por mucho. Había ido y venido unas ocho veces, durmiendo plácido como un bebé.

Bajé en una estación anterior a la de la clínica. Caminé esas cuadras con la idea de despejarme. Llegué a la clínica, en la recepción me derivaron a una ventanilla para realizar el pago, y ahí me indicaron donde debía esperar a que llamaran por el apellido.

Adivinaron. Empecé a sentir los párpados pesados, y es inútil que me resista. Ya con los ojos cerrados, mi cerebro entra en el estado en que, no solo puedo soñar, directamente tomo el control de mis fantasías. Es adictivo, se los aseguro.

A medida que empeoro cierro los ojos y ya estoy en REM. No importa si es de **día o de noche. En ese estado**, sueño que Camila me llama. O que el telegrama de despido nunca llegó, o mejor aún, que llegó, pero fue por error y ahora la oficina de recursos humanos no solo se va a disculpar, sino que recibirá un aumento de sueldo. O que el médico que me revisa en la camilla de embarazadas asegura que lo mío no es nada:

—No se preocupe, mi amigo —dice—. Quédese tranquilo que mientras dormimos, todo funciona igual, gastamos energía y además consolidamos la memoria y la modulación de respuestas hormonales e inmunológicas.

—¿Seguro doctor?

—¡Pero sí, hombre! Igual, con esta simple pastilla al día de, *Despertol-Plus*, que no produce acostumbramiento, y está hecha **a base de una síntesis de hipocretina, que es la sustancia que produce el cerebro para estar despierto**, su vida será como antes. Consulte a su farmacéutico de confianza.

Esta vez me despertó un empleado de seguridad de la clínica.

Me preguntó sin amabilidad, a quién esperaba, y agregó inmediatamente que los doctores ya se habían ido y que solo quedaba la gente de la guardia en planta baja.

—Lo acompaño a la salida —dijo.

Volví a casa en subte, pero me obligué a viajar parado. De todas formas, los ojos se me cerraban y cabeceé un par de veces. Eso me decidió a bajar dos estaciones antes de mi casa. Caminar esas quince cuadras me iba a hacer bien.

Llegué a casa, comí algo. Creo que llevaba dos días sin comer. Me di una ducha y me acosté en la cama. El reloj de la mesa de luz marcaba las 23:48 ¿qué otra cosa podría hacer?

No sé cuánto dormí. ¿Un día? ¿Más? Dormí un tiempo incalculable. Ya me asusta mirar el almanaque del celular, me asusta mucho.

En el artículo de la Science Today, no queda claro si la depresión nos duerme, o si uno duerme para evitar la depresión.

Otro que habló de dormir, fue Cortázar. Olvido pequeño, lo llamaba, supongo que parafraseando aquello de la *petite mort*, con que los franceses se refieren al orgasmo. Y eso me hace pensar otra vez en Camila. Con ella, mientras el amor era real, fue como dormir y estar despierto.

Pero maldigo el día que leí en su celular ese whatsapp a una amiga, y más aún, maldigo no haberlo leído hasta el final.

—Ya no quiero ir a la cama con él —decía en el mensaje—. Una aventura de verano transformada en matrimonio, y no puedo arrastrarlo a él...

¿Arrastrarme a dónde? Ahí dejé de leer ¿para qué? Debíamos

sincerarnos, pero Camila dramáticamente cambió de parecer.

Quizás, haber leído hasta el final me hubiera dado una idea de su plan.

Es inútil intentar explicarles: sí volví a dormir. Hice un gran esfuerzo para ducharme y salir del departamento. La portera me esperaba con un manojito de boletas de las expensas. Simplemente la esquivé y apuré el paso hacia la estación del subterráneo.

—Tengo que llegar al subte, tengo que llegar al subte, permiso, permiso. Esta vez dormí lo suficiente. Tengo que poder viajar y esperar a que me vea un médico.

Pero ¿qué hago vestido así? ¿desde cuándo tengo este traje azul? ¿qué hago en una iglesia? ¿qué dice el cura?

—Hijo mío, ¿aceptas por esposa a Camila, para arrullarla todas las noches en tu regazo y velar sus sueños?

—Sí, acepto —grité.

—Y tú, Camila ¿aceptas que tu esposo se duerma en cualquier parte, el resto de su vida?

Y ella contestó llorando:

—Solo quiero que me dejen morir. ¡No perdón! quise decir, dormir.

Me desperté sobresaltado, y ya no sé dónde. Pero sí estoy seguro, dada mi delgadez, que estoy entrando en otra etapa. Prácticamente eh dejado de comer. Y la consecuencia es la pérdida del tono muscular, tengo problemas al hablar y debilidad en la mayoría de los músculos.

Duelmo, y despierto en los lugares más insólitos, y me vuelvo

a dormir. Suelo despertarme sangrando por la nariz, tal vez por los golpes que me dan desconocidos jóvenes de la noche que me confunden con un homeless vicioso, o cuando algún mozo me empuja a la calle por haberme vuelto un perfecto idiota que se sienta en su bar sin pedir consumición alguna e inmediatamente se duerme en la mesa de café. También me han despertado los que limpian los vagones de tren, rociándome con ese desinfectante que usan.

No he vuelto a mi departamento. Quiero evitar a la portera. El celular ya no funciona, lo que me ocasiona una incomunicación tal, que no puedo saber si Camila me está buscando.

El amor y el odio, que siento al mismo tiempo por no haber podido cambiar la decisión de Camila, debería mantenerme despierto. Pero no.

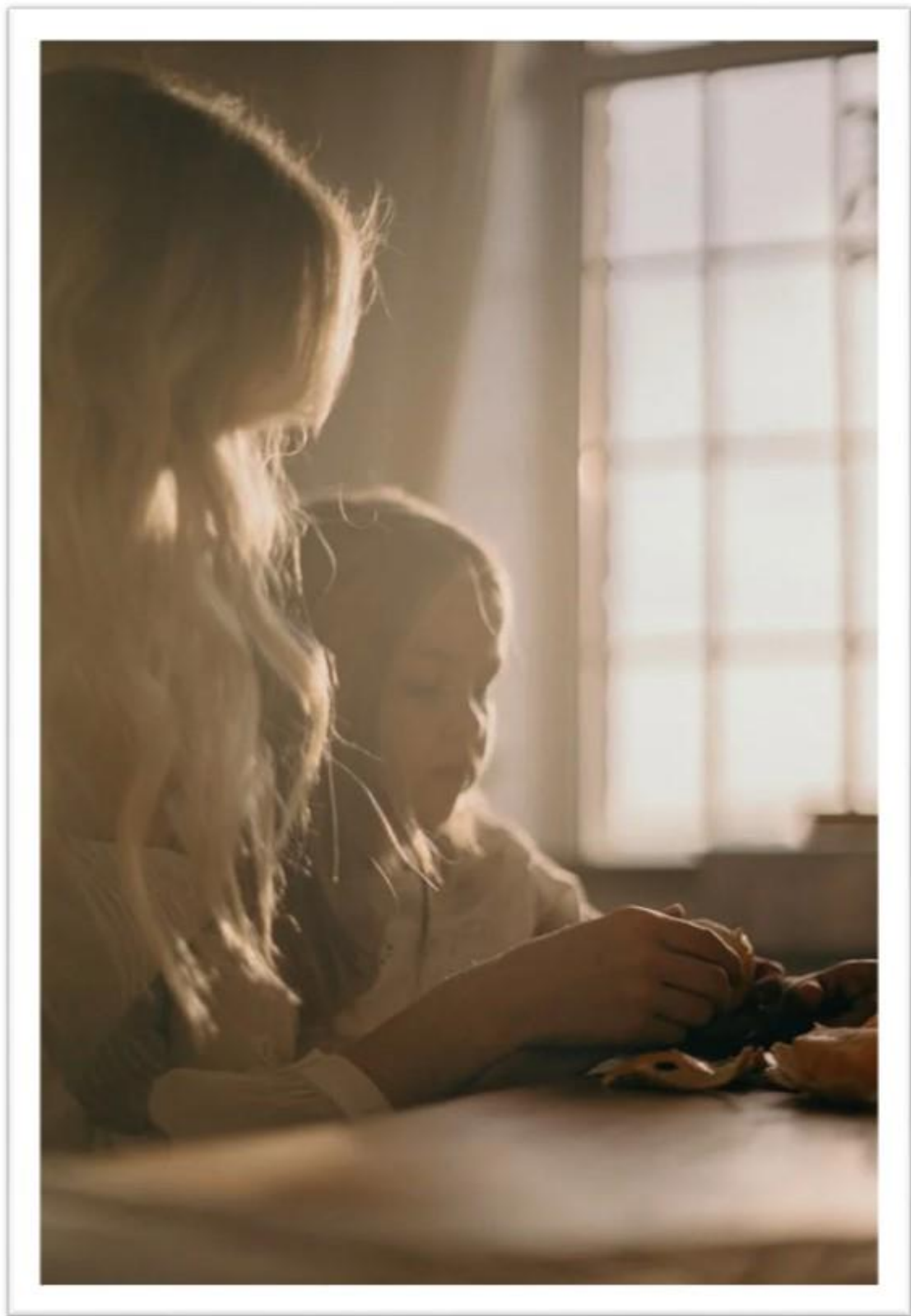
Temo que esta pesadilla ya no tenga para mí diferencia entre vigilia y sueño. Finalmente, dormir es la única actividad razonable a la que puedo dedicarme. Me es imposible evitar dormir cada vez más. Duermo y sueño, porque estando despierto, puedo más o menos, retener la imaginación. Pero en los sueños, no hay manera de controlarla, y ya creo haber dicho que eso es peor que una droga.

No sé si alguna vez se han sentido así. Como si quisieran dormir durante años para no existir. O simplemente no ser consciente de esta existencia. Pienso que querer esto es alienante, pero es lo que quiero cuando me pongo así. Por eso estoy intentando no pensar.

Y si bien al principio dije que tuve un momento donde creí que podría esforzarme para salir de esta espiral sin fin. ¿Para qué despertar? Lo malo del sueño no es el sueño, sino eso que llamamos

despertar. Salir, ya no es una opción para mí. Despierto no resistiría confirmar que Camila dio con la solución definitiva, a un problema pasajero.

MIGUEL DI GIOVANNI
Argentina



LEGADO DE VAINILLA Y POESÍA

MARTA MONFORTE

Desde que murió mamá había querido detener el tiempo. Sabía que eso era imposible; me sentía perdida.

Hacía meses que debía desarmar su casa y tomar la decisión de alquilarla o venderla. No sabía qué hacer. Cómo abrir ventanas, cajones, armarios; cómo abrir el alma a los recuerdos.

No sabía por dónde empezar. Organizaría la vajilla, los muebles, la ropa. Qué recuerdos guardarme, qué regalar y a quién. Qué vender. De solo pensar todo eso sentí un escalofrío.

Recorrí las habitaciones y abrí las ventanas. Temblé de pie en el comedor, las imágenes me paseaban a su antojo. Descubrí aquel tazón que rebozaba de chocolate espeso al lado del bizcochuelo de vainilla (alto, amarillo y esponjoso), así me esperaba mamá a la salida de la escuela. Desde la biblioteca, abarrotada de libros, se asomó el caracol de nácar que encontramos en la playa en nuestras primeras vacaciones; me hizo un guiño y me acerqué; acaricié el lomo del Atlas y la colección de historia. Mi vista se nubló, intenté recuperarme, pero la vajilla de porcelana apretada en el mueble antiguo me dejó muda. Tres generaciones nos habíamos servido de ella; la hora del té parpadeaba en mis recuerdos de infancia.

Caminé y encendí un cigarrillo, decidí empezar por la cocina: ese era su reino. Por las tardes, mamá abrigaba a sus levaduras, les contaba historias y, quizás, sus sueños. Después volcaba una montaña de harina sobre la mesada, hacía un hueco, derramaba unas gotas de olivo y unía todo. Formaba el bollo con paciencia, giraba la masa y cantaba. Luego seguía el tiempo del descanso. Era una espera mágica. La masa empezaba a crecer como la esperanza, decía con una voz leve que la llevaba lejos, pero volvía enseguida.

Volvía conmigo. Al rato, el bollo airoso se entregaba de nuevo a sus manos y ella formaba el pan. El horno a leña, que se erguía después del parral, hacía el resto. Nacía el pan nuestro. Besos en el pan, besos de azúcar juegan en mi memoria.

Sus manos estaban perfumadas por las hierbas de su huerta. Ahí, vecinas de sus rosales, convivían la salvia, el romero, las albahacas. Más atrás se veían las hileras de tomates y, en un costado baldío, aparecían sorpresas que la llenaban de alegría y ella festejaba con el entusiasmo de una niña. ¡Mirá, han nacido rabanitos! Una vez descubrimos un zapallo redondo y naranja que se asomaba tímido, como un hijo pródigo. Esos hallazgos le daban más felicidad que un regalo con moño dorado.

Mamá era incansable, mientras completaba el tendal con nuestras ropas, de reojo, controlaba cómo crecían las hierbas buenas. Y las malas también, porque de ellos, de los yuyitos malos, se encargaba con rapidez. De raíz, decía, hay que sacarlos de raíz, aunque ahora duela, para que no vuelvan, al menos esos, claro. Después vendrán otros, así es la vida; hay que aprender y seguir. Vaya si lo sabíamos.

Cerré los ojos y sentí su mano fresca sobre mi frente, su alboroto de jengibre y miel, la infusión sanadora de mis primeros resfríos. Y entre tanto, sonaba su tango de domingo, mientras sus manos iban y venían preparando el trabajo. *Mamámadre, mamámaestra.*

Me llegó su imagen sentada bajo la sombra de los aromos, con su vestido azul. Fumaba, con la mirada lejos. Mamá era joven aún, qué esperaba, qué soñaba. Nos habíamos quedado solas demasiado pronto; la vida nos había arrebatado a papá cuando yo apenas tenía

tres años.

Escuché mis cantos, giré con las rondas, repetí la tabla del nueve una y otra vez, y rezongué con el pluscuamperfecto. En esos momentos, mamá se convertía, por un rato, en mi maestra.

En su habitación su perfume floral fue más intenso. Como si su presencia hubiera estado esperándome allí. Sentí su abrazo en los días fríos, ya mujer, ya madre. Y, sin embargo, siempre hija sobre su pecho débil que, aun así, se mantenía firme para mí.

Abrí el ropero de nogal; recuerdo de mis abuelos. La ropa, impecablemente ordenada, me llevó de paseo. Su trajecito de casamiento, la ropa que usaba para la escuela, los vestidos de diario, los guardapolvos. Más atrás los abrigos, los pañuelos; estiré mi mano, los acaricié, pero no pude descolgar nada. Ya estaba cerrando la puerta cuando vi, sobre el estante superior, la caja de madera. Con un nudo en la garganta la bajé y la dejé sobre la cama. No pude resistir. La abrí, apenas. Trozos de nuestras vidas se asomaban en las fotografías. Mamá niña, mamá adolescente. Papá joven, ellos dos juntos. Ellos están conmigo en un campo verde, sonriendo. Soplo una vela, dos... y estamos juntos. Nosotras, después. *Nosotras, siempre.* Mis hijos y mamá. No pude seguir, la cerré.

Debía empezar a embalar, acerqué los canastos y me preparé; pero al abrir el cajón de su mesa de noche, cayeron a mis manos media docena de anotadores; su letra inconfundible vibró sobre hojas ajadas, pero vivas. Me agité. Leí frases a medio camino, versos y canciones, las nuestras, y algunos comienzos de aquellos cuentos que recordé enseguida. Mamá volvía a acariciarme; y ahí supe que, en medio del trajín y sus aromas, que mamá escribía para ella, para

mí. Para vivir, le había escuchado decir. Mamá llegaba en frases inconclusas, quise pensar que las dejó así con la intención de que yo las continuara, su heredera de sueños. Y las compartía con mis hijos, con mis amigos, con el mundo. ¿Para qué sino? ¿Para qué sirve un poema si no se comparte, hija?, la escucho con claridad. Me sequé las lágrimas. Respiré y sentí su perfume floral, enraizado en todos los rincones.

Mamá volvía; estaba conmigo.

Sentí que su legado, su sostén que nació con la primera canción de cuna, me abrazaba y me contenía.

De a poco, cada instante revivido me trajo calma, consuelo y eternidad...

MARTA MONFORTE

Argentina

Instagram: <https://www.instagram.com/martamonforte64>

Facebook: <https://www.facebook.com/marta.monforte.3/>



PERFIDIA
MARINA GÓMEZ
ALAIS

D

esperté boca arriba, con la espalda mojada. Ojos y columna, únicas partes del cuerpo que dan aviso de seguir conmigo. También la cabeza, que me estalla. Basta de alcohol, pienso, sin recuerdos anteriores a este despertar. Van aflorando pinchazos y molestias que hacen un hipotético recuento de daños: corte en un pómulo; ojo magullado; contusión fuerte e imprecisa en nuca y cuello. De forma paulatina, paso de estado gaseoso a sólido. Como si mi humanidad se materializara de una transición fantasmal, a otro corpórea. ¿Volveré a ponerme de pie? Las ramas desnudas se entrelazan y un tejido vegetal apretado, cada vez más tupido, se precipita sobre mi cara como un zarpazo. Todo negro. Perdí la noción del tiempo, me siento mareado, veo la luz muy tenue, estará atardeciendo. Sigo tendido en la misma posición, anestesiado por la helada. No tengo fuerzas. Solo puedo mirar de reojo hacia los costados y hacia al cielo. Muy arriba, los árboles insisten en su actitud hostil, crispados como garras. El silencio absoluto de bosque muerto me aplasta contra el suelo. Caen copos de nieve. Lechosos, leves, indulgentes. Calman la sed con dedos fríos, lavan los coágulos acumulados sobre los labios partidos. A mi derecha, entre piedras y hojarasca, diviso una bota. Parece mi bota. Aprieto los párpados para aclarar la visión. Adentro, tiene una pierna encastrada. O será un tronco caído. Quiero creer esto último. Inclino la vista hacia la izquierda y se repite la imagen, esta vez, más cerca: sobre un montículo de sangre escarchada descansa un manojo de hilachas. El ramillete de arterias, lonchas de carne y músculos asoma de la boca encuerada de la bota —de mi bota—. No percibo dolor. Tampoco que me estén faltando partes del cuerpo. Desmembrado. Esparcido. Vomito. De nuevo la pantalla se nubla y

todo negro.

Me despierta el ruido de unos pasos. Alguien se aleja corriendo. Intento gritar. Un quejido ronco de animal herido es todo lo que sale de mi garganta. Ahora recuerdo todo. Sé que estás mirando escondida. Todavía podrías salvarme, pero el espectáculo es delicioso. Me desangro preguntándome cómo pudiste descuartizarme vivo.

La perfidia mutila el corazón. Se detiene.

MARINA GÓMEZ ALAIS

Argentina

Instagram: www.instagram.com/marinaescribiendo



FIESTA DE INGRESO

FRANCOIS VILLANUEVA
PARAVICINO

...es asimismo indudable que para ser capaces de vivir una vida culta debiéramos ser mucho más bárbaros de lo que somos.

THOMAS MANN

El Tío Robert, un vecino cuarentón y medio gilero, me invitó a un tonazo en un chupódromo donde se presentarían Los jinetes del amor. Todo porque quería que celebráramos mi ingreso a Derecho en San Marcos. Después de alistarnos, fuimos con su socio, un ferretero como él, un tipo con mucha pasta. Al llegar, casi a la medianoche, varios autos y mototaxis rodeaban el recinto, cercado por muros de ladrillos, con pósteres chichas de chicas calatas anunciando los grupos del momento, desde donde emergía, temblando, la música cumbiambera —con sus timbales, trompetas, guitarras eléctricas, baterías, sintetizadores, congas, bongós, bajos eléctricos— a todo parlante y desenfreno.

Ingresamos a un descampado descubierto, con grupos de personas distanciados por escasos metros entre ellos, con sus respectivas cajas de chelas y pasándose de mano en mano las botellas o los vasos descartables. En el estrado, iluminado por luces psicodélicas y en medio de equipos de alta tecnología, le tocaba el turno a Zafiro Sensual. Nos acomodamos en un espacio libre y, como a todo buen muchacho de dieciocho años, me enviaron a comprar las chelas mientras se escuchaba con soberbia «Vete ya». Así comenzamos el embotellamiento conversando y bebiendo entre las canciones de Zafiro Sensual, o «Cariñito» de Sonido 2000, o «Amor de contrabando» de Papillón, o «Lagrimitay Cervecitay» de Armonía 10, o «Tu amor fue una mentira» de Agua Marina y, casi a las cinco

de la madrugada, lo mejor del repertorio de Los jinetes del amor, el grupo que más entusiasmaba al Tío Robert.

Para eso una muchacha de diecinueve o veinte años se nos unió y, como grandes galanes, el Tío Robert y su amigo la escuchaban, la brindaban, la sonreían, la alababan, aunque siempre con moderación y con la seriedad de hombres mayores. Cada vez que ella se iba a los servicios, el Tío Robert me decía: «Hijo, esta hembrita hoy es mía». Al frente de ella, cuando hablaban, ellos se creían dueños de tiendas en Lince, en Gamarra, en Abancay y hasta en Miraflores. Ella solo sonreía: bella y coqueta, ebria y dulcísima.

Pero el tiro les salió por la culata, pues cuando ya el alba resplandecía en el cielo y los organizadores del evento solo compartían cumbias grabadas buenísimas, la chica me eligió a mí. Me dijo que la acompañara a los servicios y, en el trayecto, me agarró de la mano y me llevó a un rincón un tanto alejado, nos detuvimos, me miró con dulzura, y dijo que yo le gustaba. Como ella era hermosa —blanca, pelirroja (no sé si pintada), casi de mi talla, de ojos grises—, la besé. Nos besamos apasionadamente, abrazándonos y acariciándonos. Pero de pronto, con contrariedad, descubrí que se le derramaban lágrimas brillosas, límpidas, y, conmovido, le pregunté qué ocurría.

—Mi chico me ha dejado. Se ha ido. Y no puedo olvidarlo. Me ha abandonado.

La alejé con las manos, decepcionado y triste, y decidí dar vuelta atrás. Aunque las hormonas me asaltaron la cabeza, pensé que solo a ella le correspondía insistir en dicha aventura. Ella, por su parte, tampoco persistió. «No la conozco», me dije. Sentí que me seguía unos pasos pero que, después, tomó otro camino. Al regresar

donde mis amigos, no los encontré. Los busqué por unos minutos y caí en la cuenta de que se habían marchado. Revisé mi billetera y encontré un billete en solitario. «Esto me alcanza para el taxi», pensé. Al salir a tomar el taxi, vi a la muchacha en el paradero. Al cruzar miradas me sonrió, se acercó cabizbaja y, ya delante de mí, mirándome a los ojos, me dio un papelito. «Es mi número», me dijo alegre, y, después de agachar la cabeza, se fue alejando lentamente. Como si recobrara la visión de todo, miré el cielo resplandeciente y el sol fresco me recordó que el verano comenzaría pronto.

FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO

Perú

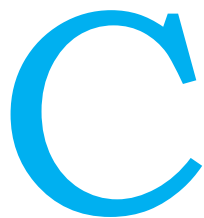
Redes sociales:

<https://www.facebook.com/123FrancoisVillanueva123/>
<https://www.instagram.com/francoisvillanuevaparavicino/>
<https://www.tiktok.com/@francoisvillanueva21>



EL VECINO DE AL LADO

GUSTAVO VIGNERA



uando te pasan este tipo de cosas solo querés pintar de rojo la ciudad, aunque seas más pacífico que el Mahatma Gandhi. En mi vida tuve peor sensación que el día en que entraron a mi departamento a robar cuando estaba de vacaciones con Flor y nuestra bebé en Santa Teresita. Sentí bronca por la violación de mi intimidad, de mis fotos, de mis afectos. Habían dejado comida desparramada por el piso, habían destruido todo sin sentido. Parecía que una piara de cerdos se había metido en nuestro hogar para reproducirse de forma desenfrenada. Todo ese daño para llevarse unas pocas cosas materiales que, sin duda, en muy poco tiempo, iba a poder recuperar. La vecina de arriba había escuchado unos ruidos extraños y se alertó. Algo raro estaba pasando y tuvo la atinada idea de llamarme al mismo tiempo que llamaba a la policía. Tuvimos que volvernos de inmediato, cinco días antes de nuestras merecidas vacaciones para encontrarnos con ese desastre. Nos habían invadido. Yo quería rociar todo con querosén y prender fuego para eliminar cualquier bacteria que pudiesen haber dejado esos malvivientes. Después de hacer la denuncia y que vinieran los peritos a tomar las huellas dactilares, con asco y con lavandina limpiamos la casa.

Al día siguiente, quise ir a hablar con el vecino de al lado para poder entender por dónde pudieron haber pasado. Yo tenía puerta blindada y no había sido violentada. La única forma posible de entrar era por la ventana de la cocina que da al aire y luz. Las viejas del edificio me dijeron que con ese tipo no se podía hablar. El portero me había advertido que fuera con alguien ya que el chabón tenía fama de violento y que, de seguro, iba a pasar un mal momento. Nada de eso me importó. Yo debía entender cómo habían entrado

para poder tomar los recaudos necesarios y proteger a mi familia. El departamento es chiquito, no tenemos balcón y está en un segundo piso, por ende, a menos que fuese el hombre araña, no había otra forma de entrar que no fuese por la terraza de ese vecino. El comisario me había prometido el oro y el moro, me juró compromiso para investigar hasta las últimas consecuencias, pero... como es sabido nunca se descubre nada, y los chorros siguen haciendo de las suyas por ahí tan impunes como campanita en el castillo de Disney.

La calle era un desierto, a pesar de todo, tomé coraje y me mandé. Llamé al celular de Flor y guardé el mío en el bolsillo del pantalón con el micrófono apuntando hacia afuera. Ella, arrullando a nuestra bebé en el cochecito, se quedó en el porche escuchando atenta a cualquier cosa que pudiera pasarme. Flor estaba aterrada, yo lo disimulaba. En la carnicería, le habían comentado que el tipo estaba armado y que cuando era joven había amasijado a unos cuantos. Cada centímetro que me acercaba a esa casa me arrepentía más de lo que estaba a punto de hacer.

Toqué el timbre y no pude escuchar si realmente había sonado. Pasaron unos minutos y con mis nudillos hice un par de tímidos golpecitos en la puerta de chapa oxidada. Nadie venía a atenderme, así que cerré el puño y le di tres golpes con toda mi fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —se escuchó una voz áspera con un resoplido similar al que producen los enfermos de asma al respirar.

—Buenos días, soy el vecino del segundo “B” del edificio de al lado —respondí.

La mirilla se abrió y pude ver uno de sus ojos verdes con cierta

opacidad del cristalino como si tuviese cataratas.

—¿Qué necesitás? —me preguntó de muy mal modo.

—Disculpe, no sé si se enteró, este... pero acá al lado... este... el martes me entraron a robar y quería saber... esteee... si usted me permitiría... esteeee... subir a su terraza para ver por dónde pudieron haber pasado los ladrones —le dije con mi mayor voz de macho y tratando de reprimir mi temblequeo a causa del que, hasta ese momento, era solo un ojo descolorido.

Yo no era de esos tipos confrontativos, jamás levantaba la voz, nunca me había agarrado a piñas, ni siquiera en la primaria. Ahora estaba a punto de encontrarme con el que, al parecer, estaba más cerca de un delincuente que de un monaguillo. Me lamenté por no haberle hecho caso al portero e ir con mi primo que era profesor de Taekwondo.

Escuché el tintineo de un manojito de llaves y se me heló la sangre. Ahí apareció él. Una especie de rumiante cruza de hombre de las cavernas con barrabrava, con su torso desnudo lleno de tatuajes. Pude distinguir entre cientos, uno borroneado con la cara del Che sobre una de sus tetillas y otro con el escudo de Argentinos Juniors atravesado por dos cuchillas ensangrentadas. Era una verdadera bestia, un animal salvaje, ese... era mi vecino de al lado.

—¿Qué te pasa, nene? —gruñó en un gutural sonido mientras arrancaba con fuerza un mordisco de un sándwich de mortadela que venía masticado con la boca abierta.

Las migas húmedas de saliva me llovieron en la cara, pero pude proseguir con mi cometido.

—Si me dejases pasar, son solo dos minutos —le dije casi suplicándole.

Flor tenía claro qué, a la primera de cambio, si escuchaba

algo raro, algo que pudiese interpretarse como que yo estaba en peligro, debía salir a los gritos, alertar a los vecinos tocando todos los timbres y llamar a la policía.

—Esperá un poco —me respondió, mientras, a manera de servilleta, se limpiaba la boca con su antebrazo que era más ancho que una de mis piernas.

Yo revisé que la comunicación con Flor siguiera activa, no iba a ser cosa que se hubiese cortado de manera involuntaria.

—Josefina, ¿podés guardar al lobo? —fue el grito que rebotó en las paredes descascaradas del pasillo.

—¡Pasá por acá! —me ordenó y obedecí calladito sin titubear.

A la derecha había otra puerta de chapa, también oxidada, que daba a un pequeño patio repleto de macetas con restos de plantas marchitas.

Yo miraba para todos lados, solamente con movimientos de ciento ochenta grados de mis ojos saltarines. No quería que notara, por un movimiento de mi cuello, que yo estaba inmiscuyéndome donde no me correspondía.

Sin buscarlo, pude ver a una mujer raquítica, demacrada, con el cabello enmarañado, que supuse era la tal Josefina. Echado a sus pies había un perro *pitbull* atado con una cadena de ahorque. Ella me miraba como queriendo decirme algo. El perro se dio cuenta de que yo lo había visto ya que su gruñido denotaba el malestar que le producía mi presencia. Siempre dije que los perros son como sus dueños, y este no era una excepción. Toda la escena parecía un montaje de una película de terror. La pava del mate sobre el mantel de plástico agujereado, la sombría mujer fantasmagórica con oscuras ojeras, y ese pobre animal con una profunda cicatriz sobre la trompa. La tele estaba prendida, pero era obvio que nadie la veía.

Se notaba que al piso no lo habían baldeado hacía décadas. Era una mugre por donde lo miraras.

Subimos por una empinada escalera de cemento a la terraza sin barandas. Yo podía sentir su respiración detrás de mí, y también su olor a transpiración de varios días sin encontrarse con el jabón. Era todo muy desagradable. Al llegar, me topé con un suelo minado de soretes. La mezcla de aromas era acida, nauseabunda. Nunca viví una situación tan incómoda. Del lado sur, había una especie de cuartito, de esos que se usan para guardar herramientas, del otro lado, apoyada en el piso, había una escalera de esas de aluminio, unos tarros de pintura abiertos, y una parrilla con pedazos de carne que sin duda estaban podridos.

—Bueno, acá esta la terraza, ¿ok? ¿Y ahora? Ni idea por dónde pudieron haber pasado, nene. Fijate que de la pared de la medianera a tu departamento hay como seis metros. Quizás te entró alguien que tenía la llave, qué sé yo... la chica que limpia, un pariente envidioso... viste... siempre hay que desconfiar —me dijo en un tono sarcástico mientras tragaba el resto del sándwich y se sonaba los mocos con los dedos índice y pulgar. Volví a mirar la escalera de aluminio.

No quise que me abriera el cuartito, aunque me lo ofreció. Era obvio que nada bueno iba a encontrar ahí adentro. El lugar apestaba, quería salir rajando.

Pude constatar que no era nada fácil llegar a mi ventana desde su terraza, pero no era imposible. Así que le agradecí, le pedí disculpas una y mil veces por las molestias ocasionadas y, sobre todo, cuidé cada una de las palabras que le dije. Uno puede estar seguro de lo que dice, pero jamás lo estará de lo que otro escucha.

Bajé las escaleras desanimado con la única intención de

volver a encontrarme con Flor y nuestra beba. Apenas las vi, corté la comunicación de nuestros celulares y las besé.

Esa noche hacía mucho calor. Mientras cenábamos, casi no nos dirigimos la palabra. No tenía ganas de contarle lo que había visto en la casa del vecino de al lado. No encendimos la tele y nos fuimos a dormir temprano. Soñé con las mil y una maneras de fortalecer la seguridad de mi hogar. Poner rejas, cámaras de vigilancia, detectores de presencia y hasta fantaseé con electrificar los marcos de las ventanas.

A medianoche, nuestra bebé se despertó sobresaltada. Al principio, pensé que habría tenido una pesadilla, quizás alguno de esos dolorcitos que suelen tener los bebés. Flor se levantó y yo también. Me había desvelado. Ya no podía conciliar el sueño. De pronto, escucho unos ruidos de animales, gemidos, eran como cerdos asmáticos que se estaban apareando.

Flor me miraba en silencio temblando como una hoja. Las bestias estaban enfurecidas y sus gruñidos aumentaban el volumen más y más. Cerré todas las ventanas y verifiqué que la puerta de entrada estuviese bien cerrada. El calor nos asfixiaba.

Abracé a mi esposa. Debía contenerla. Y dándole una luz de esperanza le dije:

—Mañana sin falta, voy a la inmobiliaria y pongo en venta el departamento. No podemos vivir al lado de un chiquero.

GUSTAVO VIGNERA
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera>

X: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



EL PARAJE DE RUSIA LEJANO

KARINA
SZYDLOVSKI

Antes de ir a tomar la leche, Juliana, mi amiguita inseparable, me miró con seriedad a los ojos y me confió el secreto que la atormentaba: oyó a sus padres hablar sobre una insólita mudanza.

—Nos vamos a un paraje de Rusia lejano— me anunció con una voz baja y doliente. Los ojos se le pusieron como dos nubarrones rojos.

—Ay, amiga, no lo voy a permitir —le prometí sin saber cómo cumpliría la promesa. Luego le desordené los bucles que le caían en la frente.

Tras compartir semejante noticia, Juliana y yo nos volvimos mucho más inseparables que antes. Durante días anduvimos abrazadas —pegoteadas— llorando amargamente. Habíamos decidido vivir toda la vida juntas: trabajaríamos de maestras, celebraríamos una boda doble y seríamos madres de mellizos. Soñábamos con morir juntas también, de manera natural y apacible, a los 110 años.

Que una de nosotras fuera llevada al paraje de Rusia lejano aniquilaba todos nuestros planes coordinados. Además, ese lugar era inhóspito: sobraban el frío, la soledad y los osos salvajes; y faltaban el mate, los alfajores y el dulce de leche. Toda una tragedia para una nena de diez años criada desde el parto en la misma calle de un barrio de clase media acomodada de la Ciudad de Buenos Aires.

Teníamos la cara enrojecida y deformada por lágrimas sinceras y exageradas, cuando la madre de Juliana invitó a la mía a conocer la nueva casa familiar. Creí que viajaríamos en avión al otro extremo del planeta; sin embargo, no eso sería necesario. Ni

remotamente necesario.

—Este sábado a la tarde inauguramos la casa que acabamos de comprar en el Pasaje Rusia, a una cuadra de Lascano —según dijo, se mudarían a unos 200 metros de su vivienda actual—. Recién terminamos los trabajos de pintura. ¿Vienen?

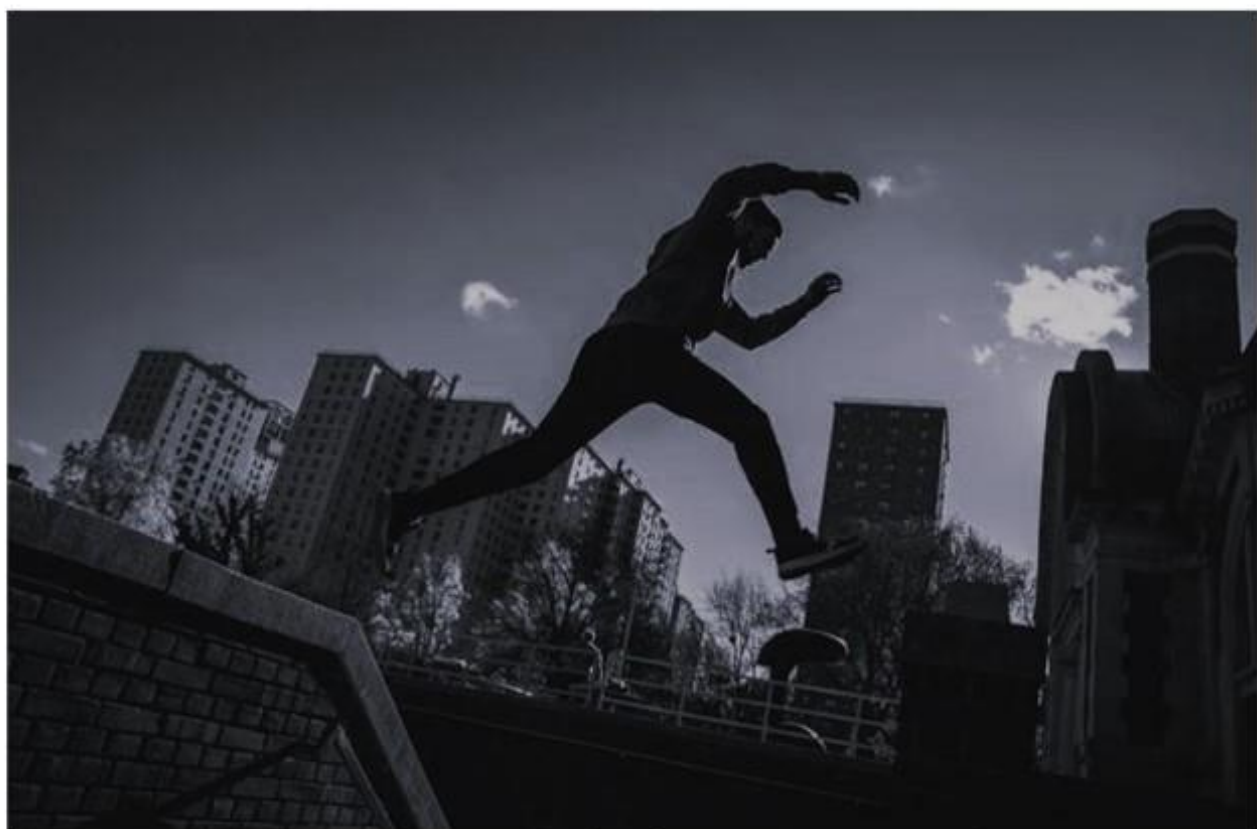
—Sí, por supuesto. Llevamos vino tinto, ¿está bien?

—Perfecto. Los esperamos a las 8. La dirección exacta es Pasaje Rusia 345. Cambiando de tema ¿Me darías el teléfono de la fonoaudióloga de Marianita? Quisiera hacerle una consulta.

KARINA SZYDLOVSKI

Argentina

<https://www.instagram.com/soy.dra.karis/>



VUELTA EN
REDONDO
OSWALDO CASTRO
ALFARO

Corro sin mirar atrás. A dos cuadras de mi está el hombre que robó mi celular y en cada segundo acorta la distancia que nos separa. Debería estar huyendo de la escena del crimen y no persiguiéndome. En el forcejeo logré derribarlo sin recuperar el teléfono. Lo vi desparramado sobre el suelo y a su cabeza en un charco de sangre, producto del golpe recibido al caer. El impacto lo atontó y me permitió recuperar la compostura y salir corriendo. También recuerdo haber descubierto el brillo de una pistola escondida detrás de la camisa. Si hubiera sabido que portaba un arma de fuego no habría resistido el asalto y colaborado sin pestañear. Estoy preocupado porque represento una tarea inconclusa para el asaltante.

Antes de dejarlo tendido en la vereda, le propiné un puntapié en las costillas y salí huyendo. Es posible que quiera despojarme del maletín de trabajo o meterme un balazo.

Una vez que dejé la esquina del asalto escuché que alguien llamaba al policía de la agencia bancaria. Se levantaron un par de voces de protesta, algunas maldiciones de solidaridad y el estruendo de un disparo.

Esquivé los autos de la avenida y crucé hacia el otro lado. Me detuve a mirarlo y observé, con el corazón agitado y cierto temblor en las piernas, que el ladrón se había incorporado y buscaba a alguien entre el gentío. A lo lejos nuestras miradas se cruzaron y distinguí que orientaba su marcha hacia donde estaba.

Alargué los pasos y me oculté en la callejuela transversal que me sacó del lugar, pero estuve convencido que venía por mí. Caminé a grandes trancos y las lunas polarizadas de un edificio me

permitieron verlo. Era razonable asumir que me alcanzaría.

Continué avanzando y súbitamente una puerta lateral se abrió y una mano cariñosa me tomó del brazo y me hizo pasar. A través de la ventana la silueta de mi perseguidor desapareció.

La persona caritativa que me brindó ayuda era una señora de pelo cano, delantal y pañuelo en la cabeza. Era la típica ama de casa, pensé. El ambiente en el que me encontraba era la clásica casa de gente de clase media, conservadora, tradicional y apegada a los rituales antiguos. Me pregunté, ¿cómo era posible que una vivienda de esas características estuviera enclavada en pleno corazón financiero de la ciudad?

La bondadosa anciana me invitó a sentarme en un sofá y me alcanzó un vaso de limonada helada. Observó mi gesto de gratitud y su mirada se enfocó en mi frente y mano izquierda lastimadas. El estado adrenérgico de la fuga y los mecanismos defensivos de mi cuerpo enmascararon los hechos violentos que había sufrido. La región frontal mostraba un coágulo de sangre en el límite con la ceja derecha y el dorso de mi mano exhibía dos arañazos profundos. En ese instante percibí que el cuello me dolía y la dueña de casa notó un tremendo moretón en la nuca. Sin decir una palabra me dejó con el refresco en la mano y desapareció por unos segundos. Reapareció con algodón, agua oxigenada y gasas. En silencio curó las heridas y sobre el mango del sillón colocó un par de aspirinas. Entendí el mensaje y las tomé sin protestar.

Cuando la atenta mujer se convenció que estaba bien me apuró a dejar la casa. Me levanté y el silencio del ambiente era abrumador, como si estuviera en una casa vacía que transmitía desolación y tristeza.

Abrí la puerta y la luz matutina se estrelló contra mis retinas. Estaba nuevamente en la calle y el escenario era igual al que dejé antes de entrar en la propiedad. El mismo sol, la gente anodina, el tráfico apurado y con el deseo irrefrenable de caminar en contra. Debería estar deshaciendo el camino que me llevó hasta ahí y retornar hasta la entrada de la agencia bancaria donde me asaltaron. El trámite que debí realizar sigue pendiente y sin el dinero no puedo ir a la notaría. En medio de las personas que pasaban por mis costados, sentí que no pertenecía a esas calles. Las desconozco, no eran las que siempre recorría para acercarme donde el notario. Sin embargo, un deseo urgente de abordar un ómnibus de transporte se apoderaba de mí y subí a uno que hará el recorrido inverso hacia donde debí ir. El mutismo de los pasajeros me incomodaba y no me atreví a preguntar si existía alguna referencia cercana al barrio donde vivía. Detrás de las ventanillas me pareció ubicar ciertos lugares comunes y cuando empecé a angustiarme por el hecho de estar viajando hacia ninguna parte, el vehículo se detuvo en el paradero final y el chofer me conminó con gestos a descender. Pareciera que el trayecto fue hecho en redondo y, sin entender los mecanismos de la lógica, me hallaba frente a mi casa. La puerta se abrió y recibí el beso cariñoso de mi hija. La niña estaba lista para ir al colegio y salimos hacia casa de la abuela para dejarla con ella. Sería una simple estación, pues mi madre la llevará al nido y yo seguiré de largo hacia el banco, antes de ir a la notaría donde trabajo.

Frente a la agencia bancaria escuché el timbre del celular, En la pantalla ví el nombre de mi madre y presioné la tecla para contestar. Desde atrás una mano férrea me cogía el móvil. Giré sobre

mi eje y el ladrón me tenía cogido del cuello. Lo derribé con una inclinación del torso y cayó al suelo, golpeándose la cabeza. Noté su aturdimiento y aproveché para encajarle un puntapié en las costillas. La fractura costal le arqueó el cuerpo y definió la pistola escondida en el pantalón. Con ojos nublados, la extrajo y me disparó.

OSWALDO CASTRO ALFARO

Perú

Facebook: [Oswaldo Castro](#)



CUÁNTICO

MANUEL GÓMEZ
ANGULO

Le temblaban las manos desde hacía tiempo. Su cuello vibraba inesperado en un tic, como si su cabeza asintiera levemente a inexistentes preguntas o reaccionara a alguien que lo llamara por la espalda. Al andar, advertía saltitos desequilibrados. Al levantar el café, el oleaje alterado de la espuma en la taza, antes de llegar a sus labios.

Parece que aún esté viendo a su doctora.

—Tiene usted un principio de Párkinson —le anunció en la consulta, girando un bolígrafo entre los dedos a la altura de sus ojos jóvenes y los codos sobre el vade de piel de la mesa, en aquella mañana de un aciago mes de marzo.

Acababa de perder un cliente que le había apalabrado un sistema informático de seguridad para una gigantesca planta solar en construcción en el Marquesado. Se sabe que basta una onza de nada para malograr contratos así, una palabra inconveniente, una frase confusa, una dilación en el plazo de entrega, un céntimo en la gestión del presupuesto, una llamada telefónica no devuelta, un despabilado que llega a última hora reventando los precios o trabajando gratis, para que las ilusiones del proyecto y su jugoso salario se esfumaran.

Ese marzo le tocó, pues, despeñarse por un abismo hasta tocar fondo: perdía un dineral y sobrevenía lo inexorable, como si le dijeran, *verá usted venir la muerte poco a poco y sin blanca*.

—¿Desea que lo ponga a la cola de Swarflabs, para un ensayo? —no esperaba esa pregunta que ella formuló con voz dulce, muy bajita, como se suelen decir al oído las cosas importantes de la vida.

Pensó en su gran amigo Luis Ángel. También tuvo Párkinson, pero no llegó a tiempo al futuro. Murió años antes, tras un desgraciado accidente doméstico.

Él mismo sabía lo que le esperaba. En la sesentena, con su hija instalada definitivamente en Alemania, su esposa ya fallecida y un más que probable porvenir de ayuda social agarrado a una silla de ruedas, ¿qué otra alternativa le quedaba?

—¿Por qué no? —respondió instintiva, precipitadamente.

—¿Conoce esa empresa londinense?

—Claro.

Pionera y con cierta reputación en nanotecnología, trabajaba en un campo que le resultaba muy familiar. Fabricaba portentos microscópicos capaces no solo de medicar directamente órganos afectados por un tumor o sanar enfermedades nerviosas, sino de operar con sus recientes y asombrosos artilugios puntos delicados por donde jamás alcanzaría a llegar un escalpelo o un láser. De funcionamiento sencillo, basaba su éxito en el llamado choque quirúrgico.

*

El autobús urbano lo dejó en la estación central de ferrocarril. Desde allí, con una maletita que arrastraba penosamente y a tirones involuntarios, tomó un cercanías y se plantó en el aeropuerto.

A bordo, las azafatas, en su estado, lo atendieron con una hilera de sonrisas, bebidas, aperitivos y suma atención. Casi lamentó tener que dejar el placentero asiento de una aeronave que aterrizó en Heathrow a las cinco de la tarde, hora del té para unos, del *fish-and-chips*, para otros.

Esperó a la salida una lanzadera que lo llevara hasta el centro, entre gente que apenas hablaba y bajo un cielo encapotado que no se decidía a soltar agua, aunque sí una tozuda humedad en la atmósfera.

Tardó un par de horas en llegar a la capital. Corría el mes de marzo, dos años más tarde, lo que se hubo demorado el proceso de estudio y aprobación de su dossier.

Con la esperanza de evitar gastos innecesarios, controlar sus sacudidas y desequilibrios en sus posibles traslados en metro, porque no se podía permitir taxis ni los precios desorbitados de los hoteles de la capital, había reservado alojamiento en el cercano Wombat's Hostel —algún jovencito debió preguntarse qué hacía aquel viejo temblón durmiendo en el colchón inferior de su litera, en un cuarto para doce personas, por qué roncaba tanto—, apenas a dos kilómetros del edificio oscilante de la Swarflabs, un poliedro escaleno de cristales retorcidos, diseñado probablemente por un arquitecto ebrio y ubicado, cómo no, en la City.

Al día siguiente, tras la ducha, en ayunas, paseando al ambiente caldudo de Londres, se presentó, con exquisita puntualidad anglosajona, ante una fachada de vidrios ahumados y azuladas irisaciones. A su sombra, se hallaba una compañía creada por EM, de cuando aquellos remedios terapéuticos con robots casi imaginarios, que buceaban por células vivas de cualquier rincón del cuerpo humano a la búsqueda de anomalías o malformaciones, andaban en su primitiva fase experimental. La patente, aceptada provisionalmente por el Ministerio de Salud británico, se aplicaba a voluntarios de todas las edades, cada uno de ellos minuciosamente seleccionado.

—Nuestro prototipo ha sido contrastado en ovejas y en cerdos —le explicó el individuo de bata blanca y gafas de montura metálica que lo aguardaba tras una larguísima mesa de haya barnizada, una vez remontadas quince plantas, en un ascensor transparente, hasta aquel enorme despacho—. En su fase práctica, ha navegado por un gel que imita la viscosidad del cerebro, ha administrado con exactitud un medicamento puntual o incluso ha aislado la zona lesionada con inusual destreza, tras haberla preparado para posteriores intervenciones y, en su caso, eliminado con precisión cualquier corpúsculo nocivo propuesto.

—¿Contraindicaciones, inconvenientes, efectos secundarios? —preguntó sin respirar en su escabroso inglés hablado.

—Nuestros animales cobaya no presentaron alteraciones neurológicas por lesiones cerebrales, pues el tratamiento no es invasivo, aunque sí una ligera sensibilidad a la luz. Ignoramos a qué obedece —añadió sin mayor afectación en su voz o en sus maneras, sin mover el cuerpo, sin arrugar la bata—. Investigaciones paralelas apuntan a que, para evitar ulteriores secuelas, al enfermo le bastará simplemente con llevar gafas de sol durante una temporada. Toda nueva tecnología comporta unos riesgos que, en este caso, no consideramos, si sopesamos la balanza de los pros y los contras de aquello que pretendemos remediar. Esa, digamos, complicación, no nos parece excesivamente comprometida de asumir para usted como paciente.

Meditó por última vez entre la posibilidad de encajarse unas *Ray Ban* para siempre o acabar retorcido como un celuloide tembloroso en una mecedora, si bien hacía dos años que había

tomado ya esa decisión y su viaje así lo confirmaba. Optó por la primera.

Alguien a quien no le vio la cara se le acercó por detrás con una pantallita de grafeno y un minúsculo y casi intangible lápiz óptico.

Firmó como pudo en lo que a mano y en papel hubieran sido no menos de catorce folios, y acercó también para acabar, al vacío hiriente de un láser vertical, el iris de sus ojos parpadeantes.

A continuación, se vio en una especie de quirófano que no era sino una cómoda camilla alargada y forrada de piel, como un sillón de odontólogo, una lámpara sobre elevada del tamaño de media sandía y un ordenador a su lado.

Dos enfermeros plastificados lo tendieron en ella. Apagaron la luz general y dejaron la del reflector superior, en tanto un médico controlaba el monitor de una computadora de última generación, desde fuera, encuadrado en un rectángulo como el de los interrogatorios de las comisarias. Le aplicaron un tubito en una vena del brazo. Le inyectaron un líquido dorado y pronto quedó como flotando entre lo que, en un principio, le parecieron dos mundos.

Cuando despertó en una estancia impersonal, con los ojos vendados, se dio cuenta de que sus manos libres palpaban ciegamente aquellas suaves gasas, sin agitaciones involuntarias.

Su Párkinson había desaparecido.

*

De regreso en casa, se siente extraño. Ignora en qué zona sombría ha penetrado ese robot incorpóreo, si acaso lograron extraérselo o se lo dejaron dentro a propósito. Lo que es seguro es

que rozó espacios del más allá, ignotos, quizás prohibidos, franjas del alma, porque su sustancia humana se ha transformado notoriamente en él.

Nunca enciende la luz. Huye espantado de ella. Le resulta insoportable. Ni siquiera de noche levanta los estores, abre los postigos, se acerca a las ventanas. Y, a pesar de que por el apartamento anda a oscuras y siempre lleva gafas de sol, no tropieza con nada. Desde su indulto Parkinsoniano ha alcanzado un estado de extremada sensibilidad en el que, si se desprende de ellas, sus ojos parecen primero arder e, inmediatamente después, invadir hasta la última molécula de cada objeto al que se acerca, funcionar como un visor de realidad virtual.

Su cerebro aparenta derramarse por el exterior, fuera de su cráneo, como una emulsión blanda, pero de forma concreta, siguiendo un trazado lineal de infinitos colores. Tiene la curiosa sensación de que con ello se halla al mismo tiempo en mundos heterogéneos, que le procuran un amplio efecto de ubicuidad embriagadora.

Algo le dice que ese tratamiento ha afectado a la sinapsis o zona de conexión entre neuronas, de manera consciente o inconsciente por parte de su cirujano. De lo que está completamente seguro es de que la ha alterado y puesto en contacto con una red insólita, hasta ese momento para él, que hormiguea en un chispear por cualquier rincón de su espacio inmediato.

Ahora, lo suyo es la observación de un caos regulado, el descubrimiento de que, en el aparente desbarajuste que fluctúa y danza por todas partes, existe un orden que lo vuelve inteligible. Así es como han desaparecido ciertas fronteras y se han delimitado

otras, que estaba lejos de conocer y de comprender. No es descabellado pensar que, si lo deseara, sería capaz de comunicarse con su hija sin necesidad de teléfono y, una profunda sospecha le permite especular con la posibilidad de que con solo esforzarse un mínimo podría incluso contactar con su esposa fallecida, quién sabe con qué familiar o con su amigo Luis Ángel. De hecho, ya lo ha intentado, con esa lógica y legítima aprensión del que camina por senderos inestables, cambiantes, que podrían acarrear nefastos contratiempos.

Su hija le respondió, sin el móvil conectado, pasmada y mirando al techo de su coqueto apartamento de Berlín, con una pregunta lanzada al aire y un estremecimiento desconfiado en el timbre de su voz:

—Papá, ¿estás ahí?

Luis Ángel le comentó que se encontraba bien de salud, que no le dolía nada ni sentía temblores que le impidieran navegar por ese algo que ahora comprendería infinitamente mejor tras la operación, que seguirían en contacto.

En un momento dado, cierta noche, vislumbró a su mujer, tan hermosa como de costumbre. Sintió incluso que dormía a su lado, que podía alargar su mano y tocarla. Pero ella le aconsejó que no se aproximara demasiado.

Nada de eso ha vuelto, aterrorizado, a intentarlo.

En cada revisión, con una pudorosa conducta, no ha querido confesarle nada de lo que se está fraguando en lo más íntimo y en su derredor a la doctora, quien cada vez que lo ausculta y lo remite al hospital para un chequeo, anda maravillada del equilibrio que muestran sus análisis clínicos y sus pruebas radiológicas. ¿Qué

podría aconsejarle ella si le dijera que su agudo y vertiginoso cerebro se adentró por terrenos otrora inexplorados, que su trabajo lo haría en cuestión de segundos, que su vista es de vampiro, que habla con los ausentes, con los muertos?

Piensa, si ese es el verbo adecuado, que por fortuna ha dejado atrás su enfermedad, confinada ya en un amargo pasado como una perversa pesadilla que anunciaba decrepitud y muerte. Sin embargo, no está libre de los escalofríos que le provoca cierto pánico a lo desconocido y sufre vértigos ante esos precipicios sin fondo que no gobierna. Ese, supone, es el precio, porque en torno a su persona culebrea una persistente nube, una amenaza grumosa de tonalidades volubles e incontrolables que él asimila a una marea de espíritus que, indignados, descontentos de su presencia por esos espacios, podría mostrarle hostilidad, venírsele encima sin advertencias.

Por lo demás, parece, en definitiva, que si se lo propusiera, queriendo o sin querer, su propia materia, su pensamiento, acabarían por deshacerse sin remisión en una cascada matemática pura, en un cuerpo fragmentado en trillones de partículas que juegan continua e irremediabilmente a ser dios.

Cree, de hecho, que no está lejos de llegar a serlo.

MANUEL GÓMEZ ANGULO
España



LOBO

HAMBRIENTO

CECILIA BEATRIZ

NOCE

La niña contenta recorre tranquilamente el bosque con la canasta. Lleva comida para su abuela enferma. En la casa, la espera el lobo hambriento.

Uma detiene la lectura. Queda paralizada ante la idea del enfrentamiento entre la inocente niña y el lobo hambriento. Llegan a su mente las recomendaciones de su madre: “no salgas sola, la calle está llena de extraños, el barrio es peligroso”. “Y esta nena cruza un bosque sola”, piensa la alumna asustada. Su estómago se contrae y una roca se instala en su garganta. Las letras en su hoja se transforman en dientes filosos, dientes manchados con sangre.

Uma respira profundamente, su profesora de canto le enseñó ejercicios de relajación. Cierra los ojos, intenta concentrarse en la tarea y no perderse en la historia de Caperucita roja. Nunca le gustó ese cuento, le parece horrible la parte en la cual sacan a la nena de la panza del lobo. Cada vez que lo recuerda, su corazón late agitado, como queriendo escapar de la bestia salvaje.

Abre los ojos, disimuladamente mira a sus compañeros de clase. Sin mover la cabeza ve a su maestro, en ese momento se acaricia la barba tupida y el pelo corto deja ver unas orejas grandes. Sabe que los está vigilando, espera la oportunidad para dar el zarpazo. El pizarrón le recuerda que están en examen de lengua. Vuelve la vista al papel. Lee nuevamente la consigna para ahuyentar las ideas que la ponen nerviosa: *analizá sintácticamente*.

Ella no puede leer objetivamente esas tres oraciones. Ningún sujeto sujeta, ningún predicado predica. Solo encuentra una niña que va a ser devorada por un lobo. Los circunstanciales de lugar, de modo o de causa no la ayudan a disolver la angustia. El objeto

indirecto no logra hacerle entender que la acción no recae sobre ella. Los modificadores directos o indirectos no modifican su terror a la escena. Piensa en oraciones bimembres y la imagen del cuerpo de Caperucita desmembrado en mil pedazos la hace transpirar. La lapicera se le resbala de las manos. Le pide permiso al profesor para levantarla.

Busca la regla, quizás puede poner en línea recta sus emociones. Tiene la lapicera roja para marcar los sujetos y la azul para los predicados. Encierra las oraciones entre corchetes para que se queden quietas. Recuerda que debe empezar por los verbos, subraya: *recorre, lleva y espera*. Uma sabe quiénes hacen las acciones, señala con rojo a *la niña contenta* y al *lobo hambriento*. También sabe que la abuela no lleva nada, escribe *sujeto tácito*.

La regla y los colores la ayudan a organizar su tarea. Las letras se muestran más nítidas, ya no se dispersan por los renglones ni se transforman en dientes filosos. Si logra olvidarse del contenido de la historia, podrá demostrarle a su maestro todo lo que aprendió.

Los artículos femeninos de la última oración la confunden, desafían sus conocimientos. Son iguales, pero no son lo mismo. Descubre aterrada que el segundo esconde a la nena, es el objeto que espera el malvado lobo. Escribe *objeto directo* y vuelve a sentir la roca en su garganta.

Todas las palabras quedan subrayadas con rojo o azul. Uma está satisfecha con su trabajo, pero no sabe cómo liberarse de su angustia.

Lee la última consigna: *escribí tres oraciones unimembres*.

Uma redacta:

Cuento aterrador. Niña angustiada. Prueba superada.

La alumna golpea el banco en señal de triunfo. El maestro la reta por desconcentrar a sus compañeros. Una pide disculpas, solo ella sabe que necesita liberar tensiones.

La niña contenta recorre tranquilamente el aula con el examen. Lleva la prueba terminada para su profesor. En el escritorio, la espera el lobo hambriento.

CECILIA BEATRIZ NOCE

Argentina

IG [@ceciliabnoce](https://www.instagram.com/ceciliabnoce)



BARÓMETRO

CARINA SOSA

Aunque el tiempo pase inexorable y la distancia se haya vuelto infinita, aún no logro comprender qué es lo que extraño más. Quizás tu armoniosa voz, esa melodía suave que calmaba mis tormentas. O tu risa fresca, como agua de arroyo en un día de verano, que me llenaba de paz. Tal vez tus abrazos apretados, esos que podían reconstruirme cuando sentía que me desmoronaba. O, quién sabe, esa dulce mirada clara que siempre ha sido el barómetro de mi vida.

Tus ojos no eran simplemente ojos. Eran brújulas, mapas, oráculos que predecían el rumbo de cada día. En ellos podía leer el clima de mi alma, incluso antes de que las nubes se formaran o el sol saliera. Y yo sabía, sin una palabra tuya, si el día sería uno de lucha, de reflexión o de pura alegría.

Dos pupilas, tres colores. Gris, verde, miel. Pero no eran colores estáticos; fluctuaban como el cielo cambiando de tonalidad a medida que avanza el día. Y, con tan solo mirarme en ellos, podía saber si hoy tendría que abrigarme el corazón o dejarlo al descubierto para que lo calentara el sol.

Gris.

Cuando tus ojos se volvían gris oscuro, era como si el cielo anunciara tormenta. Eran días en que el viento traía noticias de cambios, de desafíos. Recuerdo una tarde en particular, cuando tenía apenas doce años y llegué a casa con los hombros caídos y el alma rota porque había perdido a mi primer mejor amigo. Tus ojos se oscurecieron apenas me viste, y supe que lo habías sentido. Me sentaste junto a ti, me abrazaste fuerte, y no dijiste nada durante largos minutos. Después, simplemente murmuraste: “Hoy llueve, pero el sol siempre encuentra la forma de regresar”. Y en ese

momento supe que las tormentas no eran eternas, que a veces es necesario que llueva para que la tierra respire.

Eran días caóticos, melancólicos, de esos en los que el cielo se desmorona y el viento ruge sin cesar. Pero dentro de mí, esos días eran una oportunidad para aprender a usar el corazón. Me armaba de paciencia y amor, como quien se prepara para una larga caminata bajo la lluvia. Sabía que, aunque el cielo se desplomara, si lograba mantenerme firme, al final de la tormenta siempre encontraría un arcoíris. Eran días de lucha, sí, pero también de esperanza, porque me enseñaban a enfrentar mis miedos, uno por uno, y vencerlos.

Gris azulado, como las olas que se estrellan en las rocas. Esos eran días de tristeza suave, como la melancolía de un día de otoño cuando las hojas caen y cubren el suelo de nostalgia. Días en los que yo sabía que algo no estaba bien, pero no tenía las fuerzas para luchar contra la corriente. Entonces te buscaba, y allí estabas, lista para sostenerme, para hacerme recordar que el mar, aunque bravo, siempre tiene un momento de calma.

Verde.

Ese tono suave que, como una brisa, acariciaba mis pensamientos. Verde era premonición de un día nublado, reflexivo, desganado. Un día para tirarme en la cama, mirar el techo y perderme en las sombras que bailaban allí. Para abrazar fuerte la almohada, respirar profundo, y dejar que los pensamientos fluyan, como hojas arrastradas por el viento. Pero también era un día para ordenar el caos. Para abrir cajones en mi mente y colocar cada sentimiento en su sitio. Este sentimiento va aquí, este otro allá. Este lo saco para afuera, porque ya no me sirve. Verde era pausa. Era mirar hacia adentro y dejar que las emociones se aquieten.

“Hoy es un día para quedarnos en casa,” decías, con esa calma en la voz que lo hacía todo más fácil. Y nos quedábamos, tomándonos el tiempo de charlar, para descubrir qué había detrás de cada pensamiento, de cada duda. Esos eran los días verdes, días de reflexión, de mirar las cosas desde lejos para poder verlas más claras. Porque, aunque el cielo estuviera cubierto, tu mirada siempre encontraba la manera de hacerme ver la luz que se escondía detrás de las nubes.

Verde esmeralda, como las hojas frescas tras la lluvia. Eran días para descubrir, para abrir ventanas y dejar que el aire fresco disipara el polvo acumulado en los rincones del alma. Eran días en los que no había prisa, solo el ritmo lento y constante del reloj que nos daba permiso para explorar nuestras propias sombras sin miedo.

Pero eran tus pupilas color miel las que atrapaban el sol y la alegría, como si el verano se instalara en tu mirada. Esos días eran para andar en bici, con el viento despeinando mis cabellos, y tomar helados hasta que mis labios quedaran fríos y dulces. Días para reír como si no existiera un mañana, para correr descalza por la arena caliente, para saltar charcos sin miedo a mojarme. Cuando tus ojos se volvían color miel, sabía que la vida me sonreía y que ese día, al menos, todo saldría bien. Miel era el color del cariño, del sol que acariciaba mis mejillas, de las risas que resonaban como campanas en el aire. Era luz, era ternura, era el amor puro que se desbordaba desde tu corazón hasta el mío.

Miel dorada, como los rayos de sol atravesando las cortinas al amanecer. Esos días eran perfectos. Recuerdo una tarde en la que me esperabas en la puerta, con la bici lista y una sonrisa que decía

todo lo que necesitaba saber. “Vamos, hoy es un día de miel,” y entonces sabíamos que nada podía salir mal. Pedaleábamos juntas, sintiendo el sol en la piel, riendo a carcajadas por cosas sin sentido. Eran días sin preocupaciones, días en los que la vida se sentía fácil y ligera, como el viento jugando entre los árboles.

Tus misteriosos ojos.

Mi barómetro.

Gris, verde, miel.

Solo tenía que mirarlos para adivinar cómo sería mi día. Porque en ellos veía todo el universo. Y, más que predecir el clima, predecían mi ánimo, mi fuerza, mi capacidad de enfrentar lo que venía. Porque eran tu manera de decirme que siempre habría una forma de seguir adelante, que no estaba sola.

Mi mamá adorada... ¡cuánta falta me hace tu magia! Cómo me hace falta contemplar tu mirada para saber si hoy será lluvia o sol, furia o calma, desazón o esperanza. Porque tras ella brillaba tu inmenso amor. Y ese amor me daba valor. Ese amor me guiaba. Ese amor me salvaba. Ese amor me hace falta. Mucha. Siempre.

Ahora, sin tu barómetro, siento que navego a ciegas. Ya no tengo quien me anuncie si hoy será un día para luchar, para reflexionar o para reír. Me hace falta esa señal sutil, esa predicción que calmaba mis miedos antes de que se convirtieran en tormentas. Me hace falta tu mirada que era sol y lluvia, viento y calma, todo a la vez.

Mi barómetro querido..., te extrañaré eternamente. Besos al cielo, donde tus ojos seguirán brillando, cambiando de color, anunciando a los ángeles si deben preparar sus paraguas o sus bicicletas. Porque sé que allá arriba, sigues siendo el faro que guía

mis días, aunque ya no pueda verte.

Clau.-

CARINA SOSA

Uruguay

Redes sociales:

IG: [Caribblue1977](#)

FB: <https://www.facebook.com/Caribblue?mibextid=ZbWKwL>



RELOJES

LUCÍA OLIVÁN
SANTALIESTRA

En la empresa me dieron un reloj enorme que solo marcaba los momentos felices. Fui corriendo a casa a enseñárselo a mi mujer. Justo antes de entrar, me encontré a Chechu, mi vecino, en el rellano. Este se remangó su traje de ejecutivo y me enseñó un objeto igualito al mío, (en tamaño, pues la correa era de piel y las manecillas de plata de la buena). Antes de que pudiera abrir la boca, me soltó:

—Mira, Miguelón, me lo acaban de regalar. ¡Dicen que mide la felicidad!, pero ¿quién necesita algo así? ¡Yo ya sé que disfruto de mi vida! —y pronunció una sonora carcajada, mientras entraba a su dúplex y yo veía cómo se dirigía a su enorme terraza. (Sí, esa terraza de obra que nos había dado seis meses de ruidos insoportables a mí y a Adela y donde él siempre leía el periódico todas las tardes al sol). Yo asentí. ¡Vaya cretino! Le iba yo a demostrar instantes de alegría a este. Si él estaba siempre contento, yo lo iba a estar muchísimo más.

Durante varios meses me dediqué a salir de fiesta, a comer en restaurantes caros y, sobre todo, no paré de reírme. ¿Que no me aumentaban el sueldo y no me pagaban las horas extra? Tiempo al tiempo. ¿Qué Chechu tenía un BMW y yo ni una triste bicicleta? Fijo que tenía un accidente, con lo rápido que conducía para fardar. Lo mejor era ir a pie al trabajo como hacía yo, que además ayuda a tener el tipito muy fino... (aunque yo siguiera teniendo una barriga de embarazado y no me pareciera precisamente a una mujer). ¿Qué me había lesionado el tobillo derecho porque no tenía ni idea de bailar y me había machacado durante horas en sesiones de salsa? (Porque bailar es la sal de la vida, eso había oído, jajaja, y mi vecino aún no lo sabía el muy tonto...) ¡No pasa nada! Tengo otro... ¿Que

me había salido un sarpullido por comer ostras en el restaurante más caro de la ciudad? (o quizás por el precio de cenar en un tres estrellas Michelin, no estaba seguro...) ¡Ya se iría!

—Cariño, ¿seguro que estás bien? —me decía mi mujer, al mismo tiempo que unas arrugas se dibujaban en las comisuras de sus labios.

—¡¡¡Nunca he estado mejor!!! —le respondía yo soltando carcajadas sin talento y bailando bachata cojo, aunque en casa no sonara música alguna.

Ayer me topé con mi vecino. Las manecillas de su reloj habían marcado ya dos años de dicha. Las mías, sin embargo, apenas se habían movido desde el primer día que me lo dieron. Cuando entré en casa, me quité mi estúpido uniforme del trabajo, mis zapatos y el dichoso reloj. Lo arrojé todo al suelo y lo pisoteé varias veces hasta que solo quedaron unos restos irreconocibles de cristales, metal, tejidos... y sangre. El reloj (al igual que mi camisa y mis pantalones) estaba completamente destrozado.

La planta de mi pie, y mi tobillo sano, el izquierdo también, (¡para qué me habría puesto a darle pisotones descalzo, encima!).

Vaya fiasco. Nunca acepten un regalo así.

LUCÍA OLIVÁN SANTALIESTRA
España



GUIÑOS DE LA HISTORIA

CARLOS M. FEDERICI

EXCESO DE PESO

Hacía tiempo que estaba preocupado con lo que sucedía a su alrededor. Sus vecinos morían como moscas, sin que se supiese la causa. ¡El mundo ya no era seguro! Por eso, apenas oyó del aviso y de la convocatoria, reunió apresuradamente a su familia, procurando ser de los primeros, antes de que se acabase el cupo.

Pero fue verlos, y el viejo movió la cabeza con pesar. ¡Imposible! ¡Lo harían zozobrar!

El Arca partió sin ellos. Así fue como se extinguieron los dinosaurios.

LA PENÚLTIMA HILERA

Durante cuarenta días y cuarenta noches, ciento veinte fornidos esclavos nubios, en turnos de a seis, cargaron hasta la misma cima a Asur, en su ornamentado palanquín. Al gran rey le parecía rozar las nubes con el ápice de su corona, reluciente de piedras preciosas. Alzó la arrogante testa y ordenó:

—¡Más brío! ¡Ya casi llegamos!

Los capataces azotaron las sufridas espaldas de los esclavos, que se afanaban, al límite de su resistencia, en colocar hilera tras hilera de ladrillos, en espiral ascendente.

De pronto el trabajo se detuvo. Un silencio ominoso cayó sobre la escena, y la mirada relampagueante del monarca fue

rubricada por el trueno de una exclamación airada:

—¿Qué significa esto, perros?! ¿Por qué han parado?

Reuniendo a duras penas el coraje, el jefe de obras se atrevió a decir:

—Se agotaron los ladrillos, mi Señor. Y no queda argamasa. ¡Pero inmediatamente hago que traigan todo!

El ceño del Supremo Regidor se frunció en un rictus de cólera:

—¿Qué es esto, insolente? ¿Te atreves a hablar en jerigonza con tu Rey?

Sacudido por espasmos de pánico, el otro apenas logró musitar:

—No... os comprendo, mi Amo y Señor... ¿Q-qué habéis dicho?

...Al pie, reinaba el caos. Y arriba, en el cercano, pero todavía inaccesible cielo, se oyó algo así como un inmenso suspiro de alivio, que, cual huracán devastador, arrasó, al menos por el momento, con otro de los locos sueños de la Humanidad.

DE LOCOS

Miró pasar los automóviles, zumbando como si los persiguiera el mismo Belcebú. Observó atentamente a las personas, de rostros duros, de rostros tristes, de rostros extraviados e indiferentes. No hizo ningún caso de los que se paraban a gritarle: “¡Loco!”, señalándolo con el dedo y riéndose. Se mantuvo en una pose favorita suya, con la mano derecha escondida bajo una solapa, el brazo izquierdo doblado por detrás de la cintura,

y una de las piernas ligeramente flexionada.

En determinado momento dio media vuelta y retornó a la máquina del tiempo.

—Siga construyéndome los globos para la invasión de Inglaterra —ordenó a Von Hoffelstinger, el sabio alemán—. El futuro no me interesa: es un mundo de locos.

No se habría conocido esta insólita aventura suya, pues a nadie la reveló, ni siquiera a sus Mariscales o a los fieles servidores de Santa Elena; y Von Hoffelstinger, el único testigo, murió casi inmediatamente. Pero, por fortuna para la Societé d'Histoire, la vengativa Josefina, que consiguió arrancarle la confidencia entre los delirios de una noche de pasión, la registra fielmente en sus “Memorias Secretas”.

CARLOS M. FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: [Carlos María Federici](#)

Facebook: <https://www.facebook.com/carlos.federici.50>



ENSUEÑO

CELESTE

CARLOS ENRIQUE
SALDÍVAR ROSAS

Un riachuelo de aguas cristalinas que baña mi precioso cuerpo bronceado, ahí mis alas impermeables reflejan la luz indestructible que proviene de distintos puntos del espacio circundante, cual escala musical; exquisitas melodías acarician mis oídos y me incitan a navegar sobre el excitante líquido, arroyo que se transforma en río, torrente que desemboca en un océano, mar que crea olas, las cuales crecen hasta llegar al firmamento. Desnudo y complacido, alcanzo la magnificencia de la obra divina. Preclaros personajes me reciben, me conducen hasta la descollante entrada. Mis pies flotan encima de un suelo parecido al algodón, traviesos querubines se apoyan en mis piernas, luego se despiden con dulzura. Deslumbrantes hembras se acercan a mí y me colman de besos, cada una desea llevarme con ella, empero, escojo a la más tímida, la más brillante; me elevo, tomándola de la mano, y recorreremos la vasta ciudad, la principal de entre setecientas setenta y siete. Fastuosas estructuras celestes, azules y blancas recrean la vista, casas hechas de cristal, seres espectaculares que gozan de multitud de placeres; degustan manjares exquisitos, realizan todo tipo de juegos. Mi compañera se aproxima a mí, me brinda un tierno ósculo, su lengua es deliciosa, la amo. Serafines nos rodean y nos guían hacia el espléndido palacio, donde todos pueden ingresar, donde todos pueden habitar, donde la única regla es ser feliz. Descendemos a ese lugar, el cual parece ensancharse hasta el infinito; veo gente abrazarse, amarse, seres queridos, unidos, padres, hermanos, novios, esposos, hijos, amigos. Camino entre ellos, me dirijo hacia el centro, allí se ubica la luminosidad más potente y perfecta de todas. De mis ojos nacen lágrimas, quisiera

agradecer, alabar, pedir perdón, decir tantas cosas, pero las fuerzas me fallan. Enseguida mi amada se aleja de mí con velocidad. Siento que el piso bajo mis pies se abre y caigo, hacia un abismo, hacia una tórrida oscuridad...

«¿Durmiendo de nuevo, hijo de mil putas?», me dice alguien mientras me clava sus cuernos y garras. «¡Levántate, mierda, hoy es día de tortura!».

Nervioso y dolorido, sacudo mi rabo, cojo mi tridente e inicio mi triste faena.

La vida suele ser muy dura en el Infierno.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR ROSAS

Perú

Enlaces a webs y redes sociales:

<https://el-muqui.blogspot.com/>

<http://babelicus.blogspot.com/>

<https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas/>

https://www.instagram.com/carlos_enrique_saldivar/



NO TE METAS

EMILIA JANICA

Tendría que estar escribiendo otra cosa. Mañana tengo una entrevista. Dos peces gordos me van a interrogar y las respuestas solo están en mi cabeza. Son las 21.55. Intento pensar en una presentación seria, objetiva y verosímil. No puedo escribir.

Desde la iglesia evangelista se escuchan canciones que alaban al Creador: “Bendito seas, Señor” y muchos aplausos. Me imagino a la gente cantando, abrazándose y no puedo dejar de pensar lo lindo que sería creer en algo. En Dios, una estrella, un gobierno. Algo. Me encantaría pedirle favores: “Diosito, por favor, cuidá a los que no pueden cuidarse solos”.

Desde la pared contraria, se escuchan gritos de un pibe encerrado. Sí, así como suena. No emite palabras, solo sonidos. Está preso en un cuarto diminuto donde no llega el sol. Pero él no hizo nada. La enfermera rubia le grita a Matías que deje de gritar. Matías golpea la puerta con todas sus fuerzas. Lloro y pide por favor, déjenme salir.

Hace un mes, vinieron unos policías diciendo que los vecinos se habían quejado por “ruidos molestos”. Intenté hablar con uno de ellos, pero, así como hace diosito, el policía tampoco le dio importancia: “pibita, no te metas mucho que después te van a ir a buscar, yo que vos me quedo callada”. Y así todo el barrio se queda callado. Los pibes siguen gritando, porque son menores y discapacitados, y entonces se los puede encerrar y callar. Apilados en cuartos diminutos, que en lugar de puertas tienen rejas “para su protección, porque nadie sabe qué pueden hacer estos chicos si se los deja libres”. En cada cuarto dialogan el delirio y la sordera. Se escuchan gritos, llantos, insultos.

“Llamen a mi mamá, le quiero decir que nos encierran, no quiero estar más encerrada” dice una adolescente de quince años en silla de ruedas desde la habitación de en frente. Beatriz, la otra enfermera, le dice con tono culposo que no van a llamar a nadie, que se vaya a dormir.

Yo lloro desde al lado, lloramos juntas sin que ella se entere. Algunas noches, voy a la oficina y llamo a la policía, sabiendo que no sirve de nada. Ojalá pudiera creer en algo. “¿Usted está segura de lo que denuncia? Mire que la policía ya fue otras veces y no encontró nada”. Vuelvo a mi habitación. La Iglesia sigue cantando, no escucha. Diosito no piensa tanto en el prójimo, al parecer.

A la mañana siguiente, llegan representantes del gobierno a sacarse fotos con los “niños del hogar”, rostros necesarios para su campaña política de inclusión de los más vulnerables. Cuando viene la gobernadora, le digo la verdad, pero ella está tan sorda como Camila.

Tendría que estar escribiendo mi presentación porque los peces gordos me van a comer viva. No puedo escribir. Matías sigue gritando, la piba sigue llorando. Las enfermeras los ignoran. Ahora, se dirigen hacia mi habitación. Abren la reja y empieza el interrogatorio. Las respuestas solo están en mi cabeza.

EMILIA JANICA
Argentina



FLOR DE ENERO

THIAGO PIRRA

Una flor de enero pierde un pétalo. Duda mucho. ¿Es muy precipitado morir antes del otoño?
A su lado, un clavel rosa. Le pregunta a la flor de enero en que piensa. No le contesta.

Realmente está ensimismada. ¿Transpira o llora? Es que el clavel no se puede dar cuenta, tiene el sol de frente.

—¿No me vas a responder?

No, no le va a responder.

Atrás cerraron la ventana, y la flor de enero pierde otro pétalo más. Un viento sopla. El clavel roza el tallo de la otra. Se despierta.

—Hola —Le dice la flor

¿Qué es lo que le pasa, si hace dos días se bamboleaba con una excentricidad exquisita?

El clavel no entiende y se larga a llorar. O quizás se largo a llover. Vuela una rama. Ahora hay una nube negra encima de ellos.

—¿Cuánto falta para el otoño? —Pregunta la flor de enero

—No se —Contesta el clavel

—Clavel —Le dice la flor de enero. —Ya se cumplió un año.

Y entonces el clavel comprendió.

—¿Ya?

—Si.

—Wow.

Pareció que la maceta se había movido, y entonces cayó otro pétalo.

—¿Y qué voy a hacer cuando no estés? —Preguntó el clavel

—Siempre aparece otra más

—Eso no me sirve.

Caían las gotas. Una abeja desorientada cayó dentro de la flor

de enero. Voló un poco de polen, la mayor parte se perdió en la lluvia, pero un poquito cayó en el clavel.

—¿Vas a abrir los ojos? —Decía el clavel

—¿Para qué? Si está lloviendo.

—Para que me veas una última vez.

—No, está bien, por qué sé que si los abro no los voy a querer cerrar nunca más.

Y el último pétalo cayó, y consigo cayó la última gota.

THIAGO PIRRA

Argentina

Instagram:

https://www.instagram.com/thia_go06/profilecard/?igsh=cWszY2FwaThla3Zn



MINIFICCIONES

RUT TREVIÑO MIA AMARO

ANDRÉS T. PÉREZ EFRÉN HERNÁNDEZ

ESTRELLA GRACIA ALICIA LEONOR

SUNHAILA SÁNCHEZ BARRIENTOS

CECILIA VALDEZ ZÚÑIGA

VÍCTOR H. ORDUÑA

RUT TREVIÑO

DESILUSIÓN

A costumbrada a contemplar el cielo divisé una silueta. Era una tarde de otoño como la misma cuando nos conocimos. Traje a la mente aquel recuerdo familiar que impedía que sintiera algo negativo por él. Poco a poco dejó de ser una silueta y se convirtió en su presencia frente a mí, con esos ojos penetrantes que aceleraban mi pulso; contemplé el collar que traía puesto, después de todo y, a pesar de lo dolorosa de la ruptura, lo seguía usando.

Estaba a punto de reclamar por haberme abandonado, de revelarle cuanto extrañaba sus abrazos, y sonó la alarma. Me encontraba en la desoladora habitación, y era hora de tomar mis medicinas.

EL INDICADO

Mientras cuchareaba mi comida una y otra vez, sentía su mirada sobre mí y pensaba “Este no es el indicado”, pues después de meses de salir no me había regalado rosas en ninguna ocasión. Tras tomarme un tiempo para mí, un compañero del trabajo llegó con rosas a pedirme una oportunidad y le dije que sí, pero pasado unos meses no me invitaba a viajar así que no, él tampoco era el indicado. Después de él, creí haber encontrado a la persona perfecta, llevábamos dos años saliendo, habíamos viajado por lugares hermosos, pero nunca me invitó a ningún concierto de rock,

definitivamente tampoco era con quien debía quedarme. Por último, duré siete años con quien me llevaba a lugares reservados de mis bandas favoritas, me divertía con él y entre nosotros había química, pero no era lo suficientemente guapo para ser el indicado, por eso fue que terminamos.

Después de una mala comida, cuando la intoxicación no tuvo remedio y mis días llegaron a su fin, nadie reclamó mi cuerpo en la morgue, nadie supo de mi terrible final; después de tanto esperar a que llegara el indicado, ninguno fue quien llenó mis vacíos.

BLANCA EN DEPRESIÓN

Suspiró y exclamó “Ya no puedo más, quiero que termine el cuento” mientras las lágrimas se escapaban, el veneno de su manzana poco a poco hacía efecto.

SIENDO PRESA

De noche, la recurrente sombra amenazaba con robarme la tranquilidad. ¡Eres mía!, le escuchaba decir antes que el clonazepam hiciera efecto.

MIA AMARO

UNA SILLA

El sudor recorría mi cuerpo, el calor me abrumaba, mi vista borrosa, los abucheos del público la cuenta regresiva del árbitro es lo último que recuerdo después del golpe que me jodió la carrera. Quizás fue mi orgullo el que me impidió rechazar el combate, siempre supe en el fondo que era imposible ganar contra alguien con esa racha de victorias; por eso me esforcé como nunca, todo para que terminara perdiendo contra una silla.

LA ESPERA

Absorta en mis pensamientos no me di cuenta de que llegué a un lugar desconocido, que a la vez me parecía tan familiar. Escuché un leve sollozo. Volteé para buscar su origen; provenía de una pequeña niña sentada en la acera. Cuando le pregunté su nombre, no pude creer su respuesta.

Ahora que la miraba bien, era un reflejo de mi infancia. Lo comprendí, esta calle es a la que me escapaba para jugar con los niños del barrio; bueno, cuando podía. No cabía duda de que esa niña era yo. ¿Qué se supone que debo hacer en estos casos? En las películas, cuando pasa esto, uno presume sus éxitos y alienta a su yo del pasado, o le da advertencias y consejos. Si me aconsejara algo, daría igual, seguro lo olvidaría.

¿Qué puedo hacer por ella? ¿Qué pudieras aconseja una niña a otra?

Y volví a ver a esa pequeña niña triste que solo quería hacer amigos; la recordé cansada de que la dejaran a un lado, esperando siempre con la ilusión de que la invitaran a unirse a ellos, esperando, solo esperando. Suspiré, bajé mi mochila, me agaché a su altura, y

simplemente le pregunté: ¿Quieres jugar?

EL BOSQUE

El regreso de mi niña se prolongó. En mi desesperación le rogué al bosque para que la trajera de vuelta, lo que me dio en respuesta fue una pequeña capa teñida de rojo.

LLÁMAME

Contesta, por favor; me dijiste que te llamará cuando te extrañará, me prometiste que contestarías sin importar que tan ocupado estuvieras; cúmpleme, respóndeme, y sal de esa caja de madera que nos separa.

ANDRÉS TOMÁS PÉREZ

YO NIÑO. YO ADULTO

Me salía de casa para estar con los amigos que nunca faltaban. Vagaba por el pueblo, recogía cacharros de la basura o los que tiraban a la orilla de río, llenándome las bolsas de lo que encontraba: canicas cascadas, tapas de todos tamaños, frascos de ampollitas vacías que parecían pequeños contenedores, como las de la leche que vendía Pirrín, que vivía frente a la plaza.

Ahora como adulto aún sigo guardando un montón de cosas, pero ya no en los bolsillos.

Tengo una casa repleta de tantas cosas que ya ni recuerdo lo que guardo ni el por qué lo conservo. Mi esposa me reclama: Seguro trajiste otro tesoro que jamás utilizarás, hasta que un día tenga que salirme para que guardes tus cosas.

El niño y el adulto en mí no han cambiado mucho. Cada cosa que he guardado por costumbre o apego, sé que ha importado en su momento.

He iniciado una limpieza de objetos que ya no me sirven. Debo sacarlos de allí donde ahora estorban. Solo dejaré lo que más me importa; las cosas que de alguna forma han hecho de mí lo que ahora soy. Les guardaré un espacio enorme que tengo dentro del corazón.

ESPEJO RETROVISOR

Recorriamos el camino con curvas de la ruta que se había trazado previamente, los ciclistas nos desplazábamos en grupo en ese trayecto lleno de montañas con desfiladeros imponentes y riesgosos. Estuvimos de acuerdo en este recorrido, aún sabiendo lo riesgoso que era, pero le ponía más adrenalina a nuestra aventura.

Veía por el espejo de mi bicicleta como iban pasando las rayas blancas marcadas en el centro de la carretera, los señalamientos, rocas, árboles, los compañeros que me rebasaban. Al fondo de los barrancos se veía un sinuoso río lejano hasta ahí, abajo del camino.

Habíamos recorrido ya, en ese día, varios kilómetros y aún era media tarde. Alguien sugirió con un grito que sería bueno

detenernos un poco, para descansar los cuerpos adoloridos de muchos de nosotros. El grupo se orilló y uno a uno fueron llegando como si fuera una parvada de pájaros que aterrizan en el suelo.

Desmontaron de sus bicicletas para estirar las piernas, sobarse las pompis adoloridas por permanecer sentados durante tanto tiempo en un asiento diminuto y poco acolchonado.

Muchos con sed bebieron de los termos para refrescarse, pero no para hartarse sino para mitigar levemente y refrescar la boca. Algunos se sentaron sobre la hierba fresca para reparar las fuerzas perdidas durante el trayecto. El grupo se sentía feliz, hacían comentarios de las sensaciones vividas ese día estaban eufóricos, felices.

Yo, aún sigo viendo pasar, como en un video, las cosas por el espejo; con la diferencia que ahora las imágenes se ven más lejanas de lo normal. Sacudo la cabeza y no responde. Veo la arena del río frente a mi cara, mi mano está dentro del agua; no siento su frescura, me sorprende al no sentir cansancio o sed alguna, tampoco escucho las voces de mis compañeros, quienes, desde lo alto, me hacen señales. Los veo, pero no siento nada.

MI DESEO DE VOLAR

Me imagino volando desde un ala delta o en paracaídas. Admiro imágenes de valles verdes, montañas, lagos, casas y objetos diminutos desde esta altura. Planeo con gran emoción. El viento refresca mi cuerpo, secando el sudor que me embarga todo. Soy un loco volando. He soñado con este momento toda mi vida. Y a

pesar de ser solo un deseo enorme de volar, el miedo de caer me paraliza. Me mantiene inmóvil en el suelo.

EFRÉN HERNÁNDEZ

ETERNO

Cuando niño esperaba que la vida tomara mis sueños para hacerlos realidad. Cuando joven, esperaba que la vida me diera opciones para poder saber cómo vivirla. Ya de adolescente, le pedí a la vida que me esperara, porque sentí que se estaba yendo demasiado rápido. Una vez adulto, le pedí la muerte a la vida, porque esperaba que con ella se terminara todo este dolor, a causa de las largas esperas.

Al final me di cuenta de algo muy importante. No se trataba de esperar a la vida, sino de ir a por ella. Ahora estoy aquí, esperando que la muerte me dé otra oportunidad.

Pero la espera será eterna.

ÉL Y ELLA

Él gritó. Ella gritó aún más enfurecida. Él aún más enfurecido la abofeteó. Y ella se fue llorando hasta la cocina. Él se sentó en la sala a ver el televisor un rato cuando ella reapareció al lado suyo, alzando un cuchillo en la mano. Él, al ver que ella movió hacia él el cuchillo, cerró los ojos y al no percibir el tajo, los abrió de

nuevo. Ella había acuchillado su propio vientre. Él, atónito, la miró a los ojos. Ella dijo: Este hijo tuyo, jamás verá la luz.

MENTIRA PIADOSA

En uno de esos eventos raros de la vida me topé con mi yo de 8 años

—¿Y qué te dijo?

—Me pregunto si ya habíamos cambiado el mundo.

—¿Y qué respondiste?

—Que sí lo hicimos. Después se fue corriendo con singular alegría

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque no tengo el valor de ser honesto conmigo mismo.

EN UN PRINCIPIO

En un principio existía todo, un mundo lleno de irreverente vida con ciudades, naciones, personas y más. Hasta que un dios supremo apareció y dijo:

—Que la vida perezca.

Y con un soplo de aliento mortal, destruyó todo lo que pudo: ciudades, pueblos, hombres, mujeres, etc. Dejando el mundo en un caos total.

A este desastre lograron sobrevivir algunos animales, quienes con el pasar del tiempo, empezaron a poblar lo que había quedado del mundo. Vegetación y maleza fueron adueñándose de las ruinas

de las casas y edificios, convirtiéndose en una especie de “paraíso primitivo”.

En el caos lograron sobrevivir dos humanos, hombre y mujer, quienes vivían ocultos de los ojos de aquel dios destructor. Tapaban sus cuerpos con harapos y hojas de árboles, de donde también obtenían frutos para alimentarse, pero con el tiempo se acostumbraron a estar desnudos. Un día fueron en busca de comida y se encontraron con un árbol de manzanas; pero cuando el hombre quiso tomar una fue atacado por una serpiente.

La serpiente, que era gran amiga de aquel dios, de inmediato fue a advertirle que aún existían humanos y que uno de ellos quiso profanar su árbol favorito.

Dios buscó a aquellos sobrevivientes con la intención de acabar con ellos; cuando los encontró desnudos y miserables, tuvo la idea enfermiza de conservarlos para él, como si fueran mascotas o juguetes; decidió llevárselos a su cielo, pero justo en el momento en que les puso una mano encima, estos de forma grotesca murieron desintegrados en barro.

Aquel dios, molesto por lo sucedido, hizo una inmensa rabieta y exclamó enfurecido:

—¡Que toda la luz se desvanezca!

Sumiéndolo todo en una eterna oscuridad.

ESTRELLA GRACIA

COMO VERNE

Se mece frente a la ventana con un viejo libro entre sus manos; un libro que desde la infancia acompañó su vida llenándola de aventura, ficción y fantasía. Hoy brotan lágrimas sobre la surcada piel. Su libro en la mano, los últimos rayos de sol. Pronto dará comienzo el verdadero viaje al centro de la tierra.

PRESENCIA

Rasgaba y lamía mi piel bajo las sábanas. Al despertarme seguía estando sola.

ESCRITOR

Se encontró frente ella, permisiva y a su disposición. No supo qué hacer; la arrancó para que fuera una más escondida en el cajón.

SAZÓN

Siempre galán y adulador con las palabras, a más de una nos hizo el amor. Con un poco de orégano, sal, laurel, ajo y cebolla preparé su lengua. Quedó deliciosa.

SUNHAILA MINELLY SÁNCHEZ BARRIENTOS

EL PRIMER INSTANTE DE LA ETERNIDAD

Levanté la mirada del libro y ahí estaba él, mirándome de regreso. Estábamos pasando el rato en la habitación, en un silencio agradable y la comodidad de la compañía. Él fue el primero en hablar:

—No te voy a conceder tres deseos, voy a concederte solo uno, pero será gratis: sin costo ni sufrimiento; y rellenaré todos los huecos en lo que digas. Así que..., entiendo si necesitas tiempo para pensarlo y...

—Quiero ser inmortal —dije de inmediato, Interrumpiéndolo con una certeza que me sorprendió incluso a mí misma.

Una sonrisa traviesa emergió en sus labios.

—¡Vaya, sí que hay un vacío enorme en esas palabras! —exclamó él, con esa chispa que lo caracteriza— podría hacerte inmortal, y permitir que envejecieras, o inmortal sin hacer tu cuerpo indestructible, pero te lo concedo —dijo, aproximándose a mí y dándome un besó la mejilla— Mirate, ahora eres joven, bella e indestructible para siempre.

Sentí el calor de su magia en todo mi cuerpo. Nos sonreímos mutuamente.

—¿Por qué pediste ser inmortal? —preguntó después de haber hecho su trabajo.

—Para estar contigo —aclaré y me sumergí en sus labios.

EN LA CASA DEL INVENTOR

“**N**o es real hasta que uno lo mira” había explicado alguna vez el señor de la casa, a sus colegas científicos. Yo no tengo mucho tiempo siendo sirvienta aquí, en esta enorme residencia cuyo nombre de los dueños me cuesta pronunciar. Catalina, el ama de llaves, me había advertido de la segunda habitación en la planta alta, porque ahí se guardan cosas y objetos extraños: “Ten cuidado” había dicho, y nada más. Luego me envió a limpiar. Al llegar, quise empezar con la gran ventana, la cual, en lugar de dar al exterior, mostraba otra habitación grande y oscura.

Al principio no puse mucha atención al hombre corpulento que pude ver entrar ahí; vestía de forma extraña y arrastraba una caja negra detrás de sí. Mi curiosidad despertó cuando una luz se encendió en su mano; parecía hipnotizado por ese pedazo de vidrio que emitía algo como imágenes y colores. Yo también quedé fascinada ante tal artefacto, jamás había visto algo similar. En un parpadeo, la ventana cambió y pude ver que solo era un espejo.

Desde entonces, cada vez que vengo aquí a limpiar veo a personas distintas, siempre distantes, siempre extrañas. Me gusta pulir este espejo. Pero no he dicho nada a nadie, mucho menos al señor de la casa: él está obsesionado con ver el futuro y cree que ninguno de sus inventos ha funcionado.

ALICIA LEONOR

EL ESCENARIO

Me encontraba en un escenario, actuando frente a una multitud. Las luces me cegaban y el ruido del público me mareaba. Algo era diferente. Me sentía cómoda, segura de mí misma. Miré hacia el público y vi a una niña sentada en la primera fila; me miraba con admiración. Era yo misma o una versión infantil de mí. Traía los ojos llenos de sueños y esperanzas. Me sentí confundida. ¿Cómo era posible que yo misma estuviera en el público? Pero antes de que pudiera responderme, la niña se levantó y se acercó a mí.

—¿Cómo lo haces?, —me preguntó— ¿Cómo puedes actuar con tanta confianza y yo siempre tengo pánico escénico?

Reaccioné y me di cuenta de que no estaba actuando. Sino escribiendo. Creaba vida y mundos posibles con sus personajes.

—Es la escritura, —le dije a la niña— es mi verdadera pasión.

La niña me miró con sorpresa y desapareció. El escenario se desvaneció. Miré mi habitación, y me vi sentada frente a mi escritorio. Fue como si hubiera estado ausente por un momento, y ahora estaba de vuelta, lista para seguir escribiendo. Mi lápiz se deslizó sobre el papel, dejando un rastro de palabras que parecían tener vida propia.

EL ABISMO

En el espejo, mi imagen reflejada me era extraña. Una desconocida con los ojos vacíos. Me acerqué, y ella se acercó. Nuestras narices casi se tocaron. Cuando intenté poner mi mano en la suya, atravesé aquel reflejo; rápida retiré la mano y di media

vuelta. Toda la habitación estaba llena de espejos. Me reflejaban desde todos los ángulos. Me sentí perdida en un laberinto de cristales. Los espejos empezaron a temblar y se quebraron, uno por uno mientras yo giraba desesperada. Detrás de mí miré un abismo. El vacío me llamaba. Me acerqué al borde y miré hacia abajo. Supe que debía saltar.

INSTRUCCIONES PARA LLORAR

Encuentra un refugio: un lugar seguro, donde las lágrimas fluyan sin miedo.

Acompaña tus lágrimas escuchando Adagio para cuerdas de Samuel Barber. Deja que el cuerpo sienta, y el dolor te envuelva cada centímetro. Respira profundo el aire denso. Lloro con abandono, soltando lágrimas, como lluvia que cae sin parar. No te detengas, déjalas correr. Recuerda a Rilke: “el dolor es la forma de la vida”;. Siente el peso, la carga que poco a poco se vuelve liviana. No te juzgues, llorar es humano. Abrázate a ti misma. Lloro hasta el dolor se convierta en cicatriz. Piensa en Cohen: “las heridas son las que nos hacen humanos”. Las lágrimas son bálsamo. Justo entonces cambia la música. Tal vez quieras escuchar ahora a Bach. Sigue llorando y renace.

CECILIA VALDÉZ ZÚÑIGA

DE NOCHE A DÍA

El sueño es gratificante cuando me acuesto, me doy un baño, me cepillo los dientes, nuevamente me cambio la ropa, ceno, concluyo con mis actividades cotidianas de la tarde, degusto mi comida, cumplo con mi horario laboral, almuerzo, me cambio la ropa, cepillo mis dientes, el cabello; me baño, me despierto, abro mis ojos con una energía tan variante, como mis constantes cambios de pensamiento, y otras veces de personalidad; soy un personaje dentro de una minificción.

BOLÍGRAFO

Poseo un montón de bolígrafos; dentro de mi colección se encuentran de cualquier clase: caros, extravagantes, elegantes, económicos, prestados, extraviados y rescatados. Habitan en un estuche de caoba, con mis apellidos grabados en la tapa; solo hay uno dentro de todos estos en particular, uno negro y rustico, de punta fina y sin tinta; este auténtico bolígrafo es lo único que he heredado, pertenecía a mi difunto padre.

VÍCTOR H. ORDUÑA

ERROR DE CÁLCULO

La princesa volvió a su sueño al darse cuenta que fue el sapo quien la besó.

CUENTO APÓCRIFO DE UN PAPIRO SIN

DUEÑO

El sultán observó el inmaculado diamante entre ese mar de objetos maravillosos recién despertados de un letargo de tres mil años en las profundidades de la Gran Fosa Oscura.

—Por fin te tengo —dijo al sostenerlo entre sus manos.

—No, yo te tengo a ti —contestó la joya y la cueva se cerró para siempre.

POR LOS VIEJOS TIEMPOS

-¡Hey, Murray, juguemos! —dijo una voz extraña que provenía de un lugar indefinido.

—¡Déjame en paz! —contestó, Murray.

—¡Hey, por los viejos tiempos, amigo!

—¡Qué me dejes en paz!

—¡Vamos, amigo, has perdido el entusiasmo! Es Nochebuena, evitemos nuevamente que nazca el Niño Jesús. Anda, cantemos, sé que te gusta.

—¡Qué calles! —contesta, Murray muy enfadado.

Es inevitable, la tonada le carcome las sienes:

“Navidad, navidad, hoy es navidad,

tiempo de matar, de destripar, en la gran ciudad”.

Ahora Murray da puñaladas a un extraño como alegres villancicos.

—¡Jo, jo, jo, jo, jo! ¡Ríe, gordinflón! ¡Ríe! ¡No sabes cuánto me gusta que te tiñas de rojo como un auténtico Santa Claus entre mis

manos!

CUANDO QUIERAS ENCENDER UN CORAZÓN

Lo primordial, como en todo canon mayestático, es comenzar invocando a la deidad preferida o con la que se tenga una condena pendiente. El siguiente paso es conseguir el combustible idóneo. El llanto de los coleópteros, el titubeo angustiante de los cocodrilos, las nocturnas melancolías y los espasmos atemporales de las salamandras, suelen tener resultados aceptables. Eso sí, jamás intente utilizar como iniciador ígneo: los fósiles vertebrados de los gnomos ni el sabor cáustico de las intelectualidades ni el rubor mellizo de un extraño fulgor.

Una vez entendido esto, y reunidas todas las fuerzas sobrenaturales que se escurren en los espacios sincopados de dos silencios continuos, se recomienda dar siempre la espalda a la luna una vez iniciado el ritual y con el corazón elegido sobre una placa de lapislázuli invocar con fluidez todas las líneas aprendidas en el Grimorio Sacro de los Milagros hasta lograr ese momento efervescente en donde se conecta el ciclo hiperbóreo de las sístoles con las diástoles.

*** Estas obras de autores mexicanos, nacieron en el Taller de Minificciones impartido en el Museo de Arte Contemporáneo de Matamoros, Tamaulipas, México por nuestro estimado Adán Echeverría.*



EL MAYORDOMO

MIRTA CALABRESE

DE LUCA

Estoy frente al portal de la casa, Vía Bolzano 28. Oprimo el llamador, me anuncio y se abre el automático. La finca tiene un estilo refinado, el jardín cuidado despide aroma a jazmines. Camino por un sendero arbolado hasta la casa.

Me recibe una dama con uniforme azul, mediana edad, impecable y peinada con el cabello recogido.

—Buenas tardes, adelante por favor.

—Buenas tardes, Fabrizio Colombo para servirle.

—Tome asiento, le explicaré sus funciones.

Una mirada a la estancia mientras me acomodo en el sillón, da la impresión de perfecta pulcritud.

—Bien, Sr Colombo, hemos recibido sus antecedentes y es adecuado para el puesto. Veo que tiene mucha experiencia como mayordomo.

—Sí, llevo muchos años en esta profesión y por cierto es la única para la cual he podido formarme.

Debía supervisar a dos cocineros y tres pinches a cargo de la preparación de la comida de la familia. Tres doncellas que se ocupaban de la ropa y tres personas de limpieza, un jardinero, un chofer y una institutriz. Isabella por su antigüedad tenía un rango superior al mío.

Me condujo hasta las habitaciones donde me instalaría. Me explicó que libraría un día a la semana, y un sábado cada quince días. Estaba acostumbrado a horarios muy exigentes, por lo tanto, me pareció correcto. Me levantaba casi al alba, me vestía con mi uniforme impoluto y me dirigía al comedor donde desayunaba con todo el equipo. Era el momento en que distribuíamos las tareas y

atendíamos las inquietudes de cada uno.

Isabella y yo disfrutábamos aparte de nuestras habitaciones privadas de una sala de estar para los momentos de descanso. Ella se dirigía a mí siempre educada pero fría y distante, con un carácter algo irascible y aire de superioridad. Es una mujer bella, con una mirada que impone respeto a pesar de la fragilidad de su físico. Tenemos que tratar de poner un poco de intención cada uno para limar asperezas. Como zorro viejo debo defender mi territorio.

Me fui sintiendo cada vez más cómodo en mi puesto a medida que pasaba el tiempo. A pesar de algunas diferencias con Isabella.

Una mañana ella no bajó a desayunar y tampoco la vi en el resto del día. Una de las chicas dijo que no se encontraba bien. Por la noche vino el médico. En los días sucesivos no coincidí con ella en ningún momento.

La casa funcionaba como siempre, cada uno sabía lo que tenía que hacer. Las muchachas por el hecho de ser mujeres tenían un trato directo con ella y me transmitían sus noticias por escrito. Echaba de menos su presencia, sus maneras algo agrias por las mañanas en el comedor. Un atardecer, cuando el sol estaba a punto de ponerse la vi caminando por los jardines, observando las plantas. Llevaba el cabello suelto, y se movía con su andar elegante de siempre. Fui a su encuentro. Se sorprendió algo al verme. Estaba muy pálida y más delgada, pero igual de hermosa.

—¡Hola Isabella! ¿Cómo está? ¡Qué gusto verla!

—¡Buenas tardes Fabrizio! —Era la primera vez que pronunciaba mi nombre.

—¿Se encuentra mejor?

Al decir esto, me pareció que sus ojos se humedecían. No

sabía qué actitud tomar. Ella me inspiraba sentimientos muy contradictorios que no me permitía desde hacía mucho tiempo.

—El médico dice que mejoraré. Pero tengo miedo a veces.

Me explicó que sufría una enfermedad que cada tanto hacía una recaída. Dado los años que llevaba en la casa, estaba muy agradecida a los señores por protegerla. No tenía más familia que una hermana mayor que vivía en un pueblito del sur de Francia.

Nos sentamos en uno de los bancos del jardín y me confió hechos de su vida que me hicieron comprender el motivo de su frialdad para conmigo.

Desde ese día nuestra relación laboral se había suavizado, ella se mostraba más amable. A veces nos encontrábamos en la sala mientras hojeaba los periódicos del día y compartíamos ratos de descanso y una taza de té. Esperaba con cierta ansiedad que se presentara en el desayuno, y esos escasos momentos al final de la tarde donde podía tener una pequeña charla con ella.

Llevaba noches durmiendo mal y me levantaba cada vez más pronto. Sería mejor hablar con la señora Anna y comentarle lo que pasaba. ¡Mañana sin falta! No podía suspenderlo por más tiempo. Tenía que hacerlo. Después de ordenar el trabajo del día solicito una entrevista a la señora.

Al día siguiente antes de marcharse al centro de la ciudad me recibe en su despacho.

—¡Buenos días, señora Anna!

—¡Buenos días Sr. Colombo! ¿Cómo está usted?

—Muy bien señora.

No sabía bien cómo empezar. Ella me miraba con cierta curiosidad.

—Usted dirá Sr. Colombo.

—Verá señora, estoy muy agradecido y a gusto con mi trabajo y mantengo una buena y cordial relación con todo el personal, juntos creo que hemos formado un buen equipo.

—Me alegro Sr Colombo que así sea, porque tanto mi esposo como yo misma estamos satisfechos con su desempeño. Pero no comprendo hasta el momento cuál es su inquietud.

—Señora, no sé cómo decir esto, creo que lo lamentaré mucho, pero no podré continuar trabajando en su casa.

—Pero, disculpe, usted dice que está tan a gusto. ¿Qué es lo que pasa? Por favor dígame qué le preocupa. Trataremos de solucionarlo.

—Sí señora, es que no creo que tenga solución... Sucede que estoy enamorado de Isabella.

La señora se pone de pie, y con un gesto como si sintiera alivio, sonríe y dice: ¡Pero qué le parece!

—Señora perdone, no se preocupe, que ya le he dicho que me iré.

—Pero Sr Colombo, ¡Cómo se le ocurre! ¿Adónde se va?

Me siento avergonzado, estoy haciendo el ridículo como un tonto.

—¿Qué opina Isabella a todo esto?

—Bueno, a ella no se lo he podido decir aún.

—¡Ay por Dios dígaselo de una buena vez hombre, qué espera!

Al salir veo a Isabella en el jardín, respiro hondo, el aroma dulce de las rosas lo impregna todo, la brisa de la tarde despeina su cabello, ella sonríe y hace señas para que me acerque. Voy a su encuentro... aún nos queda atardecer.

MIRTA CALABRESE DE LUCA

Argentina- Española

Redes:

Facebook: facebook.com/mirta.calabrese.9

Instagram [@miry_azul](https://www.instagram.com/miry_azul)



EL AHOGADO

AMALIA RENGEL

El mar es como un abismo dispuesto a tragarse todo, un pretencioso anfitrión que nunca invita a nadie, pero que se divierte recibiendo a todo el que lo visita con una malévola intención bien escondida... Si te descuidas, te abraza y su abrazo es como el olvido, disoluto, perpetuo y terriblemente solitario.

Ella me invitó ese día a la playa. Hacía mucho que me insistía en ir, pero yo objetaba con cualquier excusa. Sin embargo, ella era persistente. Siempre ha sido así, cuando pide algo su voz suave parece un ruego de niño pequeño, indefenso y tímido, pero su insistencia es como aquellas olas del mar que vi ese día. Firme, silenciosa, pero rompiendo con ímpetu contra la arena hasta deshacerlas.

Ese día, quizás pudo ser algo diferente, pero salir bajo el sol inclemente y mezclarme con el populacho definitivamente no es lo mío pero, aun así, la acompañé. Y es que no podía hacer nada más, porque cuando ella insistía, no había forma de decirle que no.

La playa estaba silenciosa, algunos niños chapoteando en el agua mientras los mayores se sentaban a la sombra, pensando quien sabe qué... el sol con sus rayos quemaba poco, mientras la arena calentaba mis pies. Miré el mar y me asusté, como siempre, de su inmensidad.

La miré a ella, a su sonrisa contemplando el mar, a sus manos jugando con la arena y la vi feliz. Entonces, yo también creí ser feliz. Al fin y al cabo, habíamos venido a la playa solo por ella. Para complacerla.

Seguí contemplando el mar sintiendo dentro de mí la nostalgia de muchas cosas, porque el mar para mí es sinónimo de

tristeza, de pérdida, de desazón y de muerte. Si creyera, por un mínimo instante, en la existencia de otra vida, estaría seguro de que fui tragado por el mar en esa otra vida...

Sentirse tragado, no es lo mismo que ahogarse. Seguro que no, es sentir que la inmensidad del mar te arroja en un vaivén de olas que te mecen, silenciosas mientras el sol es testigo y el olor del mar te marea y sientes las olas y el bamboleo que te lleva y sonríes al sol hasta que ya no lo ves porque el mar te ha tragado. Suavemente, como el sueño que arroja al niño en la cuna, en una horripilante paz, con sabor a sal.

Ella me habla, sigue jugando con la arena, sonrío y me cuenta sus cosas y yo vuelvo a mirarla, detenidos mis ojos en su carita risueña y vuelvo de nuevo a sentirme ahogado, ahogado de los recuerdos que se atorán en mi mente, de las tristezas del pasado, de las nostalgias idas. De aquel hijo que se fue antes de haber nacido quizás porque no quiso compartir conmigo la vida miserable que podía ofrecerle.

También te recuerdo a ti y evoco cada uno de los momentos que compartimos. Nuestras despedidas y encuentros, las tardes de café en aquella cafetería que guardaba como en secreto nuestros encuentros, nuestras largas charlas. Sobre todo, aquel último día que nos vimos en el cual compartiste conmigo tu inquietud más grande.

Y de nuevo, los cuestionamientos vuelven a surgir: Por qué no te creí, por qué lo tomé a la ligera, por qué te dejé ir. Y de nuevo me siento ahogado.

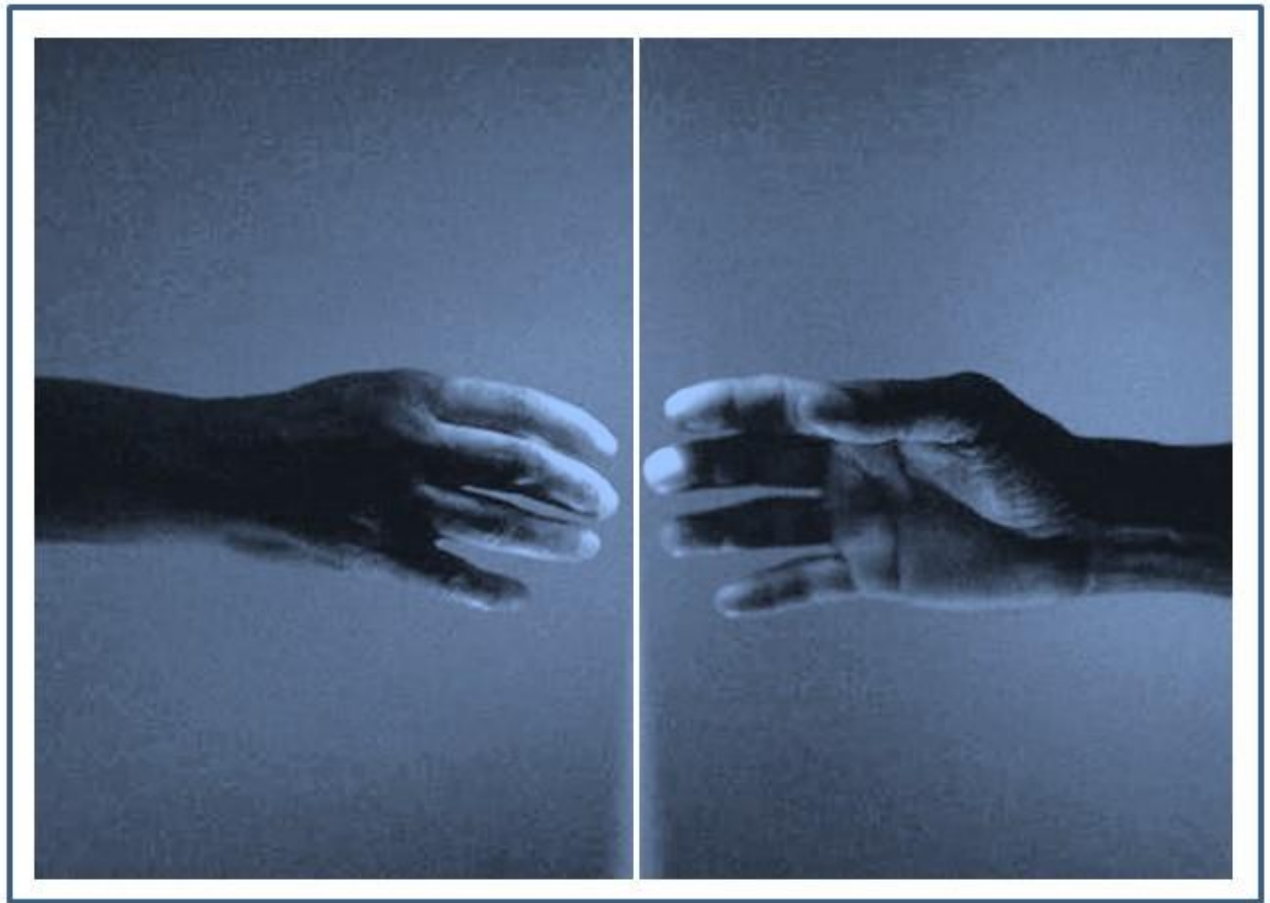
Mareado ante la inmensidad del mar, que se lo traga todo hasta el mudo grito de mis palabras silenciosas que no le comparto

a nadie, menos a ti.

Y en un sentimiento mudo te susurro: ya te has ido, dejando
el eco de tu recuerdo en estas olas del mar ...

AMALIA RENGEL

Venezuela



ENTRE
BAMBALINAS
MIRÉ TU ROSTRO
NURIA DE ESPINOSA

En mis sueños nunca iba más allá del salón. Aquella noche dudé si ir un paso más allá; pero si no hubiera surgido aquel rostro del abismo profundo del espejo, que reflejó una máscara burlesca que sonreía, quizás, solo quizás, hubiera dado un paso más. Miré de nuevo el rostro y con asombro me cubrí la boca con las manos. Su mirada estaba vestida de tristeza, pero con una sonrisa perpetua, plasmada, inerte, vacía, incluso cómica. Parecía que llevaba la máscara cosida a su alma, sin poder huir. Entonces me fijé en aquella montaña, en aquel árbol, y en un pájaro que la observaba desde las ramas. Fue como una punzada en el pecho, estaba prisionera en un sueño del que no podía escapar. ¿Qué estaba pasando?

Atrás quedó aquella adolescente que aparecía vestida entre nubes sin el temor de las sombras. ¡Me sentía tan pequeña! ¡La añoraba tanto! Que mi corazón se estremeció a causa de la resiliencia que asomaba cada noche y una lágrima brotó desde lo más profundo de mi alma. Creí que no había nada para mí en esa frontera del mundo onírico, quizás solo el dolor del subconsciente que me jugaba malas pasadas.

La busqué y aún la busco entre los sueños, «parece ocultarse, no quiere verme», pienso al despertar. Solo observo el rostro de una mujer cansada, lavando en el arroyo, sé que es ella, pero no reconozco su rostro. Cuando la miro, ella cambia rápidamente, como si se diera cuenta de que su ausencia es una realidad. La veo diferente, pero sigue siendo ella. Esta noche mi sueño va más allá: la veo con una sonrisa irónica, como ensayada; sin embargo, las muecas de su rostro no me son desconocidas. No obstante, el maquillaje de sus mejillas parece salirse de un guion. Detrás de esa

falsa alegría, está ella y su dolor. En su soledad veo lo que le ocurre entre bambalinas, detrás del telón de la vida, detrás de la máscara, detrás de ella misma, y entonces, justo en ese instante, recuerdo el porqué de su desaparición; mi corazón llora por ella. Me habría gustado decirle aquella mañana que entendía su dolor, poder consolarla, ayudarla, pero fui incapaz de articular una sola palabra, y ahora ya era tarde. Con tristeza me calmé, la noche estrellada me absorbió y luego pasó; si pasó, logré dar un paso; y luego otro, y otro, y por fin mi corazón descansó, y mi mente se liberó.

Pero justo cuando sentí que había encontrado la paz, una sombra se deslizó en la periferia de mi visión. Volví a estar en el salón, aunque esta vez todo se veía diferente, como si el tiempo se hubiera detenido. El ambiente estaba cargado de un silencio inquietante, y el aire, denso, casi irrespirable. Algo invisible pesaba sobre mí.

De repente, el espejo que había dejado atrás comenzó a vibrar, como si una fuerza desconocida intentara romper la barrera que lo contenía. Mi corazón empezó a latir con fuerza. De nuevo surgió aquella máscara, pero esta vez no solo era una mera aparición; su presencia era casi tangible, como si quisiera atravesar el cristal y arrastrarme hacia el otro lado.

El rostro en la máscara ya no era solo una figura que reflejaba una tristeza irónica; ahora parecía estar vivo, dotado de una voluntad propia. Sus ojos, que antes se habían mostrado vacíos, ahora estaban llenos de una especie de determinación que nunca había visto. Sentí una fuerza irresistible que me empujaba hacia el espejo, un deseo inconsciente de descubrir lo que yacía más allá de la superficie de cristal.

Di un paso hacia adelante, y en ese instante, el salón comenzó a desvanecerse. Las paredes se disolvieron, dejando solo el espejo y la máscara ante mí. Me acerqué al cristal, y entonces lo vi: la otra versión de mí, la que siempre había temido encontrar. Estaba allí, al otro lado, observándome con esos ojos llenos de desesperación.

Extendí mi mano hacia ella, hacia mí misma. Sabía que este era el momento de enfrentar la verdad, de aceptar lo que siempre había tratado de esconder. Al tocar el espejo, la superficie comenzó a ceder, y sentí un frío intenso recorrerme. La otra yo también extendió su mano, y cuando nuestras yemas se encontraron, una descarga de energía atravesó mi cuerpo, llevándome a un lugar desconocido.

Era el abismo, el abismo del que nunca había osado mirar más allá. Y entonces comprendí que no había marcha atrás, que debía seguir adelante, que la verdad estaba en ese abismo, más allá de los reflejos y las máscaras. Solo así podría liberarme, solo así podría romper el ciclo y encontrar la paz que tanto anhelaba. Y allí, en la oscuridad, encontré lo que siempre había estado buscando: la versión más pura y verdadera de mí misma, sin máscaras, sin miedos, solo con la verdad que me había estado esperando desde el principio de mis días: la llave que cerraba el cofre de mi dolor.

NURIA DE ESPINOSA

España

X: <https://x.com/misletrasnuria1>

Blog: <https://escritoranuriadeespinosa.blogspot.com/>



EL VIEJO PÓRTICO

CLARA GONOROWSKY

Debo visitar ese lugar, —se decía cada vez que pasaba por delante del viejo pórtico. El móvil sonó temprano, lo atendió con desgano y su rostro se iluminó cuando escuchó el mensaje: paro de actividades por una medida sindical.

Hoy es el día, —se dijo—, cumpliré mi sueño.

Desayunó rápido, calzó sus zapatillas nuevas y partió en su Fiat rojo. Con dificultad llegó al lugar pues el camino estaba con serrucho, producto de las últimas lluvias.

Estacionó, caminó lentamente hacia el pórtico, quiso corroborar que estaba bajo él y auscultó cada rincón con sus manos, las raspó contra sus bordes irregulares, lo observó de cerca y de lejos. Desde esta última perspectiva le pareció ver rostros que estaban esculpidos en las piedras, se rió pensando qué loca estaba su imaginación.

Con las palmas arañadas y los ojos extasiados, atravesó los talas con espinas, el viejo algarrobo con su tronco sinuoso y llegó a la casona que se ocultaba detrás.

Un chirrido agudo de la puerta intentó intimidarla, pero no pudo, su curiosidad era mayor a su temor.

Entró y le llamó la atención la intensidad con que resonaban sus pasos.

La casa llevaba años de abandono y unos muebles desvencijados atesoraban polvo de vaya a saber cuánto tiempo.

Subió la escalera y en el dormitorio observó la ventana semi entornada.

Se acercó con sigilo e intentó abrirla con la esperanza de poder fotografiar desde ese ángulo el pórtico de piedra. La persiana

se resistió a ceder, en un primer momento, pero después se abrió de par en par con un estallido que la asustó.

Grande fue su sorpresa cuando vio, a lo lejos el pórtico y todo lo que lo rodeaba en blanco y negro, sin color.

Dirigió su mirada al cielo, quería encandilarse con el sol, pero percibió al firmamento y al astro en igual tonalidad. Había perdido la percepción del color, el mundo se le presentaba en blanco y negro.

Restregó sus ojos, pero fue en vano.

Salió apresurada de la habitación, bajó de dos en dos los escalones, abrió la puerta de calle y salió. Afuera se detuvo de golpe, volvió a refregar sus ojos y el resultado fue el mismo.

Corrió hacia su Fiat rojo, solo negro lo visualizó.

Pasó bajo el pórtico muchas veces para ver si podía revertir la visión, pero el resultado fue negativo.

A un costado del paredón de piedra vio una placa que no había observado antes.

En ella había una advertencia: “quien ose atravesar el pórtico perderá para siempre el color”.

Levantó su mirada y vio en una piedra esculpida su cara. Raspó su rostro contra la roca agreste pero ya no pudo divisar las lágrimas rojas que se desparramaban de sus mejillas a sus manos.

CLARA GONOROWSKY
Argentina

Página WEB: [Poesia desde El Sentimiento](#)

Fotografía: **VÍCTOR HUGO CORDON**



UNA TRAVESÍA

MARÍA DEL CARMEN
RAMACCIOTTI

Posiblemente llegáramos a tiempo para el encendido de la hoguera. El día amaneció neblinoso y las cumbres cercanas no se veían. El grupo había salido temprano pero no podrían avanzar muy rápido.

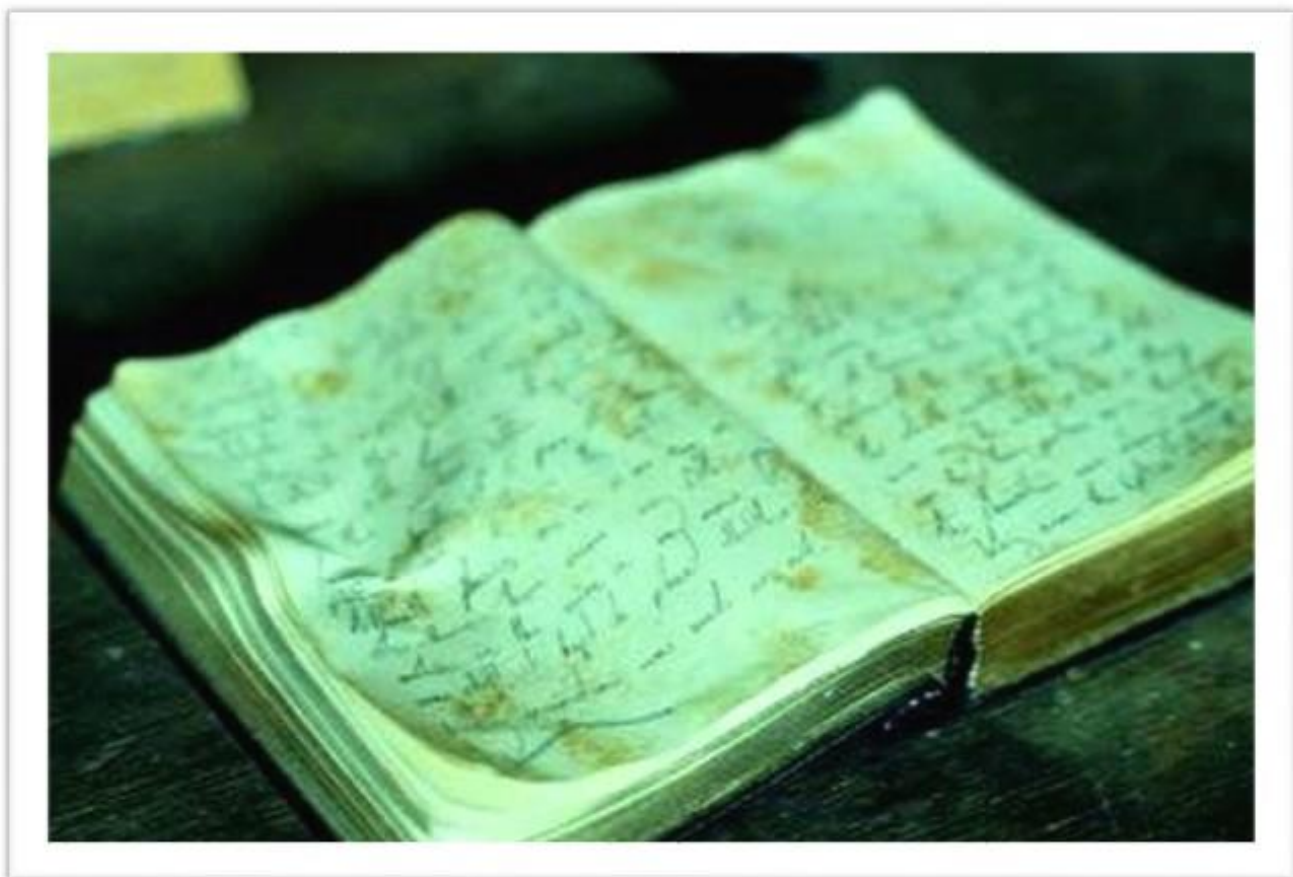
El refugio donde nos reuniríamos al atardecer era pequeño, aunque acogedor para pernoctar todos los que íbamos. El día estaría cálido, sin embargo, se anunciaba viento y frío para la noche.

A las fogatas las encendíamos en recuerdo de aquellos que se nos habían adelantado. Una conmemoración que instituimos hace quince años, tras la muerte de mi madre, en vísperas del comienzo de la primavera.

En la trepada de la primera loma Luis se torció el tobillo. Recurrimos a mi apoyo y su bastón, pero el dolor aumentaba, como así también la hinchazón. Nos detuvimos un largo rato, hasta que decidí seguir solo y buscar ayuda. Luis quedaría allí esperando para volver a la cabaña o subir hasta el refugio.

El viento comenzó a soplar dificultándome el ascenso. Todo se volvió de noche. Las nubes oscuras tapaban cada vez más la montaña. Pensé que ya no habría posibilidad de encender la fogata y al mismo tiempo miré hacia el sitio en el que deberían estar los demás. Entonces vi el fuego que comenzaba a extenderse en frente de mí marcando un sendero. Sentí que me elevaba y transitaba ese camino y llegaba al refugio suspendido en el aire y las llamas ardían en mi honor. Allí vi que el acantilado se abría debajo de mis pies.

MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
Argentina



MEMORIAS EN VERDE

EDWARD ALEJANDRO
VARGAS PERILLA

Es la forma en que de lo hermoso se pasa a lo inenarrable de los horrores que se ocultan en la oscuridad de las noche sin luna y los caminos poco transitados, es la forma en que la vida misma se abre paso a golpes y rasguños y nos muestra el sin sentido de las cosas, es la forma en que poco a poco, en la soledad de mis contemplaciones, en lo alto de mi torre y el encierro de mis estudios, descubro el hartazgo en medio de la entropía de lo que significa o creemos que significa ser humano... es la forma en que trato de plasmar con manos temblorosas estas últimas líneas... y es la forma, con que puedo mostrar una pequeña fracción de todo aquello que es amorfo y existe dentro y aún afuera de nosotros... es la forma de decir hola y tiempo a la vez... adiós.

Inicia mi trasegar de la mano de Virgilio, cuando decido emprender el vuelo aquella tarde triste de otoño del diez de marzo del año dieciocho, con una lluvia de hojas mustias y una brisa llena de recuerdos de ti y de mí, sin rumbo, sin expectativas o ambiciones; sin sentimiento alguno, sin razones... pues no se hacían necesarias para decidirme a hacer algo. Bastó solo un impulso que me permitiera caer al vacío y abrir las alas, siempre un impulso.

El destino fue, quien, cansado de verme vivir en la duda, depositó en mi corazón marchito el ápice de voluntad que hacía falta para perder el control que creía tener sobre mis decisiones. Luego, oscuridad, después... aire frío, la sensación eterna y atemporal, constante e invasiva de límbica retro causalidad.

En medio de la caída frenética a la locura, vuelvo a sentirme como hace tantos años, debatiéndome entre la espera eterna alimentada por la fe y el deseo angustioso de dejar que el vacío me

consume por completo. Estar en las manos del destino y de la suerte fue en ese momento una apuesta arriesgada, pero llena de paz.

Veía imágenes de mil momentos, la forma en que dividí tanto mi vida, que me había perdido en las distintas versiones de ese ser diminuto e insignificante que decía ser yo; la caída eterna e insonora, comenzó a tornarse lentamente en un insoportable grito de ecos detestables y de voces ininteligibles, rechinando en mi cabeza... el débil hilo que mantenía mi vida y mi cordura se había roto.

Cerré los ojos con fuerza para forzarme a ver qué había en esa vacuidad inconmensurable de mi angustia. Solo recuerdos, el viento estival de una tarde bañada en tonos dorados y verde, siempre verde, soplando con fuerza en nuestros rostros, el olor de la sabana en verano y la luz de una tarde joven iluminando nuestro costado; el vuelo de las aves a través del infinito azul del cielo, acompasadas por la algarabía de sus cantos y el retumbar de las ruedas del coche y los cascos de los caballos contra el empedrado camino.

Solo recuerdos, tus ojos color avellana clavados en los míos, oteando el paisaje de vez en cuando y de vuelta a una mirada que se suspendía con dulzura, como un secreto de jóvenes amantes; tu rostro dulce y esa sonrisa cómplice, llena de deseo, de ansias, de libertad y fuego de juventud; esa sonrisa cálida y perfecta que se desvaneció únicamente cuando me atreví a pedirte un beso... y sin dudas ni reservas lo depositaste en mis labios.

Me hiciste sentir nuevamente de dieciséis con ese beso cálido y húmedo, logrando detener el mundo a nuestro alrededor, aunque todo siguiera en movimiento. Vertiginosos giros en mi cabeza me llevaron a otros lugares, esencias y sensaciones... con tu nombre y nuestro amor a escondidas, hiciste salir una luna menguante en mi

taza de café, mientras suspiraba de tanto en tanto, con la mirada perdida, solo, sentado a la mesa de mi estudio polvoriento y olvidado, tantos años después y aún sintiendo el ardor de esa pasión efímera en los labios.

El coche aceleraba cada vez más su marcha bajo nuestros cuerpos, haciendo efigie de carros celestes, con los caballos negros resoplando henchidos de orgullo, llevándonos lejos de todo y de todos, sin importar nada ni nadie... sin destino, sin promesas; solo un beso y una sonrisa que habría de quedar marcada a fuego en lo más profundo de mis memorias, en color verde, como esa sabana que jamás volví a ver, como esa tierra que fuese arrasada tiempo después por la voracidad de las llamas y la violencia propia solo del hombre.

Momentos, imágenes, recuerdos; todo, un bálsamo, guardado con celo en los rincones más secretos de mi corazón, aguardando el momento de ser liberados, aguardando el momento en que hubiese de verme a mí mismo como un monstruo, como una criatura destinada a lastimar a todos a su alrededor sin importar las decisiones que tomara o dejara de tomar. Momentos, imágenes y recuerdos aguardando pacientemente el momento infame de mi perdición.

Esperando con angustia inquieta el día en que hubiese de verme como un monstruo en el trono infecto y detestable de mi autorrealización y desprecio en el espejo de la vanidad y la autocomplacencia; el día en que me viera abandonado por la hermosura de la simpleza y la paz de la quietud, el momento en que emprendiera un éxodo interminable hacia los yermos de la realidad y la abyecta crudeza de la verdad más grande de todas... el sin

sentido de las cosas.

El viaje que se inició en las contemplaciones de mis noches de insomnio solo podía llevarme por un camino, el de abandonar todo vestigio de humanidad vagando en una nube de libélulas, atravesando la ventana olvidada y mugrienta de la estancia, polvorienta y mohosa como aquellos libros que en mi juventud devorara con tanta pasión y anhelo, con la ilusión que solo puede habitar en el corazón de los niños y alimentar los sueños más puros.

De vuelta al principio del fin, a la epifanía convulsa de saber que todo habría de irse, todo, las lágrimas amargas y llenas de angustia, las risas de alegría fortuita, la felicidad fingida y los amores huecos. Todo de vuelta al principio de la existencia, a la no existencia... de la forma más grotesca, simple y violenta al sentir el golpe sordo de mi cuerpo contra las rocas del fondo del acantilado y escuchar por última vez el salpicar de mi sangre por todas partes, el resuello inconsciente de mis estertores de muerte y el grito jubiloso de las águilas que fueran a calmar su hambre, cebándose con los restos miserables de mi cuerpo en el fondo del cañón, cubierto por bruma y polvo, por agujas secas de pino y hongos de colores. Así terminaba, o sabía que habría de terminar todo luego de garrapatear aquella noche del diez de marzo del año dieciocho las últimas líneas de mis memorias en mi diario, aquel libro vetusto y desvaído de cuero repujado, tintado de verde esmeralda.

Memorias en verde para anestesiar el catatónico terror de la muerte próxima, memorias en verde como el licor de ajeno que borra todo rastro de indecisión y memorias en verde, para hacer juego con el musgo que poco a poco invada mi inhóspita y agreste tumba si es que algún día encuentran mi cadáver o ya sea que ese musgo y esos

líquenes infames, profanen los restos detestables de mi cuerpo
olvidado y perdido para siempre en el fondo del olvido, en un giro a
la derecha de ese cañón, junto al río.

EDWARD ALEJANDRO VARGAS PERILLA

Colombia

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=759627239>

X: [@Escritor Amargo](#)

Instagram: https://www.instagram.com/escritor_amargo



**ROMANCE
FURTIVO**
**JUAN MARTÍNEZ
REYES**

La había empezado a cortejar, sin saber que más tarde cometería un sacrilegio. Pero, como dice la frase de Ovidio: “Todo lo vence el amor”.

Mary había llegado al pueblo para brindar ayuda a los damnificados por el huayco que destruyó la mayoría de las viviendas. Cuando la vi, me quedé flechado por su belleza y su buen corazón.

En el transcurso de los días, me gané su confianza ayudándola con varias actividades que debía hacer en favor de los más necesitados. Así fue naciendo el amor, entre extensas jornadas de trabajo, miradas y sonrisas.

Una tarde, mientras la acompañaba a cruzar el río, resbaló. En ese instante, la tomé de un brazo y la abracé, acercando mi rostro al suyo. En sus ojos marrones llameaba el asombro y la alegría. Se sonrió. Tranquila, conmigo no te pasará nada, le dije tomándola de la mano y sintiendo su tibieza.

Su estadía que en un principio iba a ser breve, se prolongó dos meses más. Sabía que dentro de poco se marcharía y temía que llegase ese momento. Fue así que aquella noche, cuando salíamos de la misa, apenas se marcharon los demás, le declaré mi amor. Ella me miró con dulzura y, antes de que respondiese algo, la besé. Retrocedió abruptamente y me dijo: No vuelvas a hacer eso, sino te daré una bofetada. Sin escuchar su advertencia, me acerqué, la abracé y volví a besarla. Ella se resistió al principio, pero luego fuimos cediendo ante la pasión que nos embargaba.

Como saliendo de un sueño, después de besarla, me miró absorta. Entonces, la tomé de la mano y la llevé al monte. Entre los matorrales, la desnudé y en la penumbra pude notar el rubor que

encendía sus mejillas. Luego, besé su cuello y con mis manos fui explorando sus dos colinas que como aves pugnaban por escapar. Bajé hasta el centro de su cuerpo y con mis dedos ingresé en su bosque. Después, la embestí, primero con lentitud, y luego con prisa, como si galopara en una carrera a punto de llegar a la meta. Sus gemidos quebraron la tranquilidad de la noche, hasta que acabamos de amarnos.

Dormimos brevemente. Al despertar, ella me dijo que esto no era correcto, porque habíamos cometido un sacrilegio. Le respondí que cuando se ama, no existe bien ni mal. Ella permaneció en silencio, luego escuché que murmuraba algo. En ese instante, no me importó lo que sucedería después, solo disfruté el presente.

Luego de ese encuentro furtivo, ella prefirió evitarme, a pesar de que le afirmé varias veces que la amaba y que estaba dispuesto a luchar por su amor. Ante sus constantes rechazos, me sentí frustrado por un tiempo, pero luego decidí seguir con mi vida, aunque no podía dejar de pensar en ella y en lo que hicimos.

Varias semanas después, ella vino a verme con la preocupación en los ojos. Me miró y me dijo entre sollozos que estaba esperando un hijo mío. Me quedé en silencio, pensando en sus palabras: Un hijo... voy a ser padre. Sentí que el mundo se me derrumbaba. Y por primera vez, no supe qué hacer.

—Entonces, ¿qué hiciste? —preguntó Julián, intrigado.

—Tenía que cumplir con mi responsabilidad como padre. Me hice cargo de mi hijo.

—¿Y tus papás que hicieron cuando supieron todo? —volvió a preguntar Julián.

—Me dijeron que debía casarme, para no deshonorarla.

Además, en realidad, me casé por amor.

—¿Y ella quién es? —inquirió Julián, con curiosidad.

—Mary fue una muchacha intachable. Yo la hice caer en el vacío del pecado. Después de saber que iba a ser mamá, tuvo que dejar los hábitos y el convento. Sigue siendo muy religiosa. Reza mucho, porque aún siente algo de culpa por lo que hizo.

JUAN MARTÍNEZ REYES

Perú

Facebook:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=61566772984361&mibextid=ZbWKwL>



MÁGICO
REENCUENTRO
MAGUI RECIMIL

Llovía de manera torrencial, las gotas de agua caían con fuerza, los truenos causaban ensordecimiento y el viento congelaba las ventanas del consultorio de obstetricia en el cual se encontraba Julieta.

Estaba embarazada, llevaba cuatro meses de gestación. Había fantaseado mil veces con la idea de ser madre y el destino se había encargado de que así fuera. Un hijo, su primer hijo. Se emocionaba al imaginarlo entre sus brazos, cobijándolo, protegiéndolo y alimentándolo desde lo nutricional y emocional.

Agradecía a Dios por haberle concedido el deseo de llevar una vida en su vientre.

Mientras que el médico le hacía la ecografía y la tranquilizaba diciéndole que todo estaba muy bien, ella no podía dejar de pensar en su querida amiga. Se habían distanciado, Rosario había buscado un embarazo en reiteradas oportunidades y había fracasado en el intento. Julieta, al verla sufrir, le había recomendado que consultara con algún especialista. Fue en ese entonces cuando Rosario se enojó e instaló una barrera entre las dos.

—No necesito ir a ningún doctor, estoy sana —le había dicho furiosa.

Luego de unos minutos de monitoreo, Julieta se retiró del consultorio agradeciéndole a su obstetra por el profesionalismo y la amabilidad con que siempre la trataba.

Caminó por la sala de espera y se sorprendió cuando sus ojos la vieron. Estaba hermosa, un delicado y pequeño vientre abultado indicaba que el milagro finalmente se había producido. Meditó que solo cruzaría con ella algunas palabras, pues no quería generar una situación tensa.

—Rosario, ¿cómo estás? —la saludó algo temerosa—. ¿Estás... embara...?

—Sí, estoy embarazada, y vos también.

—¡Qué hermosa noticia, felicitaciones! Sí, yo también.

—¡Gracias! —expresó Rosario.

—Bueno, me tengo que ir. Mucha suerte.

—Esperá, Juli —le dijo entretanto se acariciaba la panza—. Perdoname, fui una tonta.

—No tengo nada que perdonar. Qué bueno que hiciste lo que te sugerí en aquel momento.

—Sí, la última vez que nos vimos me dijiste que no me rindiera, que consultara con un especialista, y eso hice. No me rendí, y bueno, acá estoy. O mejor dicho acá estamos —exclamó sonriente a la vez que bajaba la mirada para observar su abdomen.

Julieta la contempló con los ojos cargados de lágrimas, lágrimas de emoción, de felicidad y de agradecimiento. Se acercó con pasos firmes y seguros para abrazarla con una ternura infinita.

Los perfumes de ambas se entremezclaron. Las panzas se rozaron y ese roce tan suave y repleto de dulzura destruyó el muro que Rosario había instalado tiempo atrás.

La magia de la maternidad las reencontraba y las reconciliaba, supieron que ya no habría distancias, dos nuevas vidas las habían acercado.

MAGUI RECIMIL

Argentina

Redes sociales: Facebook: Magui Recimil

Instagram: @maguirecimil

CONVOCATORIA DICIEMBRE 2024

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano .

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 106

a: elnarratoriblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

25 DE NOVIEMBRE DE 2024

E L NARRATORIO
D I C I O N E S

EL NARRATORIO



www.elnarratorio.com.ar

Facebook: @el.narratorio - X: @narratorioblog

Instagram: @elnarratorio

E-mail: elnarratorioblog@gmail.com

elnarratoriodigital@gmail.com

